REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 11 DE 1933 — No. 14.

Baker, el Ambicioso de la Silla Eléctrica

POR LUIS W. LARSEN

AL filo de la media noche del 27 de diciembre de 1930, dos conductores de un silencioso camión tocaron el timbre de la puerta principal de los Grandes Laboratorios Guggenheim, en la ciudad de Nueva York. Aquel camión estaba cargado de artículos para la planta, de productos químicos.

Les abrió la puerta un hombre joven, con una linterna, un reloj de sereno en la mano y unas llaves.

Los conductores del camión preguntaron por Harry Garr, el sereno de siempre, y les dijeron que se había sentido enfermo temprano y se había ido para su casa.

Creyendo los changadores que el joven era un sustituto del sereno, lo siguieron al laboratorio. De repente el mozo giró en redondo con un revólver en la mano y ordenó a los dos hombres que se sentaran en una oficina pequeña.

En un abrir y cerrar de ojos, los amarraron fuertemente a las sillas y el mozo les anunció con calma que tenía la intención de robarles y darles muerte a los dos.

Uno de los conductores imploró tan desesperadamente por su vida, diciendo que tenía mujer e hijos, de quienes era el único sostén, que el joven del revólver se apiadó.

—Bueno — les dijo entonces — denme todo el dinero que tengan para escapar y les perdono la vida. Hagan de cuenta que han vuelto a nacer, porque hasta yo los daba por muertos.

Luego cerró la puerta de la planta de los laboratorios y desapareció en la oscuridad de la noche.

Los conductores del camión trataron de desatarse de las ligaduras que los tenían como soldados a las sillas. Después de casi una hora de forcejear, uno pudo zafarse y libertó a su compañero. Los dos corrieron desesperadamente a la calle y llamaron a gritos a un vigilante. Este escuchó con calma la historia del robo y las amenazas de muerte y luego penetró en el laboratorio seguido de los dos conductores que avanzaban temblando paso a paso.

El vigilante exploró a tientas la pared, descubrió una llave eléctrica e inundó de luz el laboratorio. Al penetrar a una antesala pequeña, vió un horrible espectáculo. En el centro de la habitación estaba el cadáver de Garr, el sereno, amarrado a una silla y cubierto en parte con hojas arrancadas de la guía del teléfono.

El policía corrió, entonces, al teléfono y dió a la estación central de policía de Nueva York, el primer informe del que sería luego el crimen más sensacional que registran los anales de la criminalidad moderna.

Inmediatamente llegó al lugar del suceso un piquete de detectives.

En una mesita cerca del cadáver, quedaban restos de una comida liviana: unos sandwiches y café con leche. En una taza de porcelana había residuos de una fuerte dosis de cianuro de potasio. En el piso de la pequeña oficina había un revólver, cuya boca estaba cubierta de substancia pastosa, como nicotina, una mezcla de cianuro y café. El cañón mostraba indicios de haber sido metido a la fuerza en la garganta del sereno. El examen de la garganta de Garr, reveló que la piel estaba desgarrada en la boca por el punto de mira del revólver.

Las sospechas recayeron inmediatamente sobre algún empleado de Laboratorio o alguna persona allegada, porque Garr tenía fama de no dejar entrar desconocidos en los Laboratorios durante las horas de la noche. Se descontó que pudiera haber entrado por alguna ventana o puerta del sótano, pues todo el edificio estaba protegido por alarmas eléctricas contra ladrones.

Los conductores del camión examinaron las fotografías de todos los empleados y del montón escogieron una que se parecía al que los había asaltado. El retrato era de un joven llamado James Baker, ex empleado de la fábrica.

Los detectives averiguaron por medio del capataz del Laboratorio que Baker vivía en una casa de vecindad en la calle 167 East de Nueva York, y hacía allí corrieron, sólo para descubrir que el pájaro había volado.

La habitación ofrecía pruebas de ser el albergue de un loco degenerado. En un laboratorio en miniatura había infinidad de frascos de veneno, y en las paredes fotografías eróticas homosexuales.

Los frascos tenían todos etiquetas falsas con nombres de bebidas corrientes, y en la cama había un maniquí de tienda totalmente quemado con cigarrillos y pinchado con alfileres.

Infinidad de vestidos y prendas de mujer llenaban los cajones de los muebles.

Después de aquello, la identificación de Baker como asesino de Garr fué cosa fácil. La taza en la que fueron mezclados el cianuro y el café mostraba evidentes huellas digitales que coincidían con las de James Baker.

Transcurrieron días, semanas, meses y recién al cabo de un año, cuando ya parecía que el crimen estaba a punto de perderse en el olvido, cambió la situación.

A fines del mes de enero de 1932, el policía judicial Thomas Smith, de la fiscalía de Nueva York, fué enviado a Detroit para conducir un reo.

Hallándose Smith en el recinto de detectives de Detroit, se mencionó que los pesquisas locales no perdían de vista a un hombre contra quien no tenían acusación concreta, pero que debía ser "algo", pues vivía como "esperando que fueran a arrestarlo".

Vive en una finca de las afueras y persigue con ojos depravados a las mujeres, informaron a Smith.

El hombre de Nueva York, en compañía de otro de Detroit, fué sigilosamente al cuchitril donde vivía el sospechoso. Nada encontraron que les llamara la atención, fuera del recorte de un periódico con la fotografía de un hombre, que guardaron como futura referencia.

Cuando el detective judicial regresó a Nueva York entregó el recorte a la policía secreta.

Era un retrato del buscado James Baker (a) "Texas Jim", el diabólico matador del sereno Garr. Inmediatamente notificaron a la policía de Detroit que se apoderara de él, vivo o muerto.

Esa misma tarde sin dificultad alguna fué detenido Baker, que iba persiguiendo a una criatura vendedora de caramelos, alegre y despreocupado, como si su conciencia fuera la de un hombre justo.

Hasta parecía contento de haber caído en poder de la policía, y bromeaba con los pesquisas.

Sentado en la jefatura de policía de Detroit, narró detalladamente cómo había dado muerte de Garr, y refirió su itinerario después del asesinato.

Les había quitado unos cuantos dólares a los hombres del camión y con ese dinero se escondió una cuantas semanas en una casa de huéspedes de New Jersey, y cuando amainó un poco la persecución, se trasladó a Detroit y se conchabó de mozo de labranza en una finca de las afueras, donde vivió hasta el día de su detención.

Los detectives Horey y Fitzpatrick, de la brigada "Homicidios" de Nueva York, fueron enviados a Detroit para traer a Baker a la isla de Manhattan. Los dos detectives salvaron sus vidas y frustraron la fuga de aquel endiablado asesino, al registrarlo por segundo vez cuando ya estaba el tren en marcha.

¡Cuál no sería el asombro de los detectives, al descubrir en poder del detenido un revólver cargado y un cuchillo de caza de siete pulgadas!

De qué manera obtuvo Baker aquellas armas es todavía un misterio, pues había sido registrado cuidadosamente antes de ser entregado a los detectives de Nueva York.

El preso confesó francamente que había pensado matar a los dos guardianes, pero se negó terminantemente a informar cómo había entrado en posesión del revólver y del cuchillo.

Baker sonrió cuando lo condujeron a presencia del jefe de policía de Nueva York, y sentado cómodamente en un sillón de cuero, después de pedir un cigarrillo, contó detalladamente la muerte del sereno. Contó con sinceridad asombrosa cómo había hecho una amigable visita a Garr y cómo charlaron un largo rato sobre la vida de las girls de los teatros. Luego sorprendió a Garr y lo obligó a beberse tres tazas de café en las que había volcado cianuro. Ninguna de las tres veces — confesó el criminal — el sereno pudo retener el brebaje, al ver lo cual, lo amarró fuertemente a una silla y con la culata del revólver rompió un trozo de cianuro en pedazos pequeños é introduje uno de esos pedazos en la boca de Garr, luego con el cañón del revólver logré que se los tragara. Esta vez para impedir que arrojara el veneno le metí una gorra en la boca y me puse a verlo morir. Garr chillaba y aullaba, pero yo sabía que sus gritos eran inútiles, pues el laboratorio está construído a prueba de ruidos por los experimentos delicados que en él se practican. Cuando acababa de morir Garr sonó el timbre de la puerta y yo...

El jefe cortó el cínico relato del asesino porque la policía ya sabía lo demás.

Según Baker, el deseo de ver sufrir a su víctima fué el único móvil de su crimen. No tenía ningún rencor personal contra Garr, ni deseo de robarle. Solamente quiso ver padecer al pobre sereno.

Para demostrar su fuerza muscular, que amarraba tan poderosamente a los hombres y sobre la cual los detectives habían hecho tantos comentarios, Baker tomó el libro de teléfonos de Nueva York y lo rompió en dos con sus manazas enormes, regando el piso de la jefatura con las hojas soltadas.

Recordaron entonces los policías que cuando fué descubierto el cadáver de Garr, se hallaba cubierto con hojas de una guía telefónica. El asesino resultó el más valioso testigo del Estado contra sí mismo.

Consideraba su crimen feroz como una hazaña que le daría un puesto de honor en el templo del crimen.

Fué juzgado por el magistrado Mott y cuando su abogado pidió la pena de reclusión por ser homicida en segundo grado, Baker se levantó furioso y exigió la pena de muerte. ¡La silla eléctrica! ¡La silla eléctrica!, gritaba, mientras los guardianes lo arrastraban.



Ilustración de PREMIANI

★ LA TRISTE VICTORIA ★

por

AMADEO A. COUREL

Ilustración de

PASCUAL GUIDA



CUANDO Fernández terminó de transportar hasta el ribazo la carga del bote, exhaló un suspiro de alivio. Después, a fuerza de puños, varó la embarcación sobre los menudos guijarros de la playa y la amarró a un estacón de la orilla. Se sentó un momento sobre la alfombra turbosa del pastizal, se secó el sudor que le inundaba la frente, sacó la chuspa de cogote de avestruz y lió parsimoniosamente un cigarrillo. Mientras lo encendía, miró hacia el poniente, por donde iba escapándose el sol. Por abajo, en las hondonadas, iba extendiéndose una oscuridad neblinosa y pesada como si las sombras buscasen conjunción con las inmóviles aguas del lago.

Martín Fernández se sintió satisfecho y feliz después de la faena realizada. Esta satisfacción era compartida también por los perros Breno y Flip, que ladraban alegremente, acuciados por el eco de sus propios ladridos que iban rodando de risco en risco. Fuera de estas manifestaciones retozonas de los dos animales, ningún otro ruido alteraba la calma sepulcral de aquella hondonada.

"La casa", estaba a unos cien metros de la orilla. Era una choza relativamente amplia, construída con troncos y barro, orientada hacia el norte y recostada contra la base del cerro boscoso. Unos metros más allá, la selva austral iniciaba su ascenso hacia las nieves eternas. Los últimos rayos solares se quebraban en los picachos enfundados de hielo que emergían del océano vegetal.

Pocos viajes realizó Fernández desde el ribazo hasta la choza para transportar la carga. Tres cajones de sarnífugo, tabaco, víveres secos, municiones, ropas y algunas herramientas. El trabajo mayor estaba hecho. Una remada de cuatro horas desde Punta Pájaros. Pero estaba contento. La lana de la majadita, negociada con el agente de la barraca y transportada días antes en la barcaza de su amigo Thompson, le había producido sus doscientas libras contantes y sonantes, descontando la remesa de mercaderías traídas en la fecha desde la factoría de Zúñiga. Ahora, a esperar tranquilamente el invierno; cuidar los animales internándolos convenientemente en lugares de abrigo y esperar las grandes nevazones que fertilizarían la tierra, haciendo surgir el pasto tierno para la parición de primavera. Las cuatrocientas ovejitas se multiplicarían venturosamente para ofrecer a la tijera insaciable el caudal de la lana inmaculada y sedosa.

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás, sino que poseía condiciones excepcionales para aquel género de vida.

Cuando terminó de transportar todo a la cabaña, encendió la chimenea, practicada en la misma base del cerro y que hacía de estufa y fogón y preparó la cena. La carne de capón, crepitaba despidiendo un tufillo apetitoso que hacía bostezar a los perros.

Pocas eran las necesidades del solitario poblador. En consecuencia, las manifestaciones de su sibaritismo eran de lo más sobrio y primitivo. Una cama de cueros de oveja, algunas mantas, una mesa hecha con tablas de cajón y algunos estantes donde se alineaban frascos, latas y objetos varios. El infaltable winchester pendía de un clavo sobre la chimenea.

Algunos detalles acusaban, no obstante, ciertos gustos refinados del ovejero. Por ejemplo, el retrato de una actriz cinematográfica recortado de una revista, clavado sobre el tabique y apergaminado por el humo, y algunos libros alineados en un rincón del estante. Un tratado de medicina práctica, los "Ensayos", de Montaigne, algunas novelas y una Biblia, magnífico ejemplar encuadernado en cuero negro, con broches dorados. La presencia de tal pieza bibliográfica en poder de Fernández era casi un escándalo; pero puede aclararse el punto explicando que se trataba del regalo de un escocés, capitán de un barco, que Fernández recogió borracho perdido una noche en una calleja de Talcahuano en momentos en que una tropa de rotos pretendía desvalijarlo. El escocés invitó a Fernández a comer al día siguiente en el velero. Se emborracharon decorosamente y el yoni agradecido, le regaló el libro santo.

El agradable olor de la carne asada invadía totalmente el interior de la cabaña a tiempo que Fernández terminaba de acomodar. Desenvainó el cuchillo y fué cortando las tiras jugosas. Comía despacio y de pie, repartiendo los "tarascones" entre el costillar y una dorada galleta marinera que sacó de una bolsa colgada del tabique. De cuando en cuando le pegaba algún beso a la botella del whisky, colocándola de nuevo sobre el estante. Breno y Flip también participaban del festín entre significativos gruñidos y alegres movimientos de cola.

Mientras comía, evocaba Fernández, su vida pasada. Una madrugada, ya hacía algunos años, se encontraba en Rivadavia y Callao, donde pudo comprobar que había efectuado un descubrimiento trascendental: en el bolsillo de su pantalón quedaban cinco pesos, los últimos de la herencia patrimonial.

Hasta entonces había sido un mocito rana de esos que se emborrachan en los cabarets y se sienten bravos cuando saben que han de sujetarlos. Lo subyugaban los tangos cantados con tono quejumbroso, donde se lloraban los desvíos de la "mina" y se hacía la apología del hospital, de la cocaína y de la cárcel. Fumaba cigarrillos rubios, trataba de che al lustrabotas y al chófer, sabía boxear, remar y ponerse triste y agresivo, indistintamente, cuando se emborrachaba.

Esa madrugada, después de haberse dejado en la mesa de poker los últimos miles de pesos, decidió su destino un cartel pegado en el muro de una confitería. Leyó, al principio por hacer algo mientras esperaba el tranvía. Lo releyó con interés. En el cartel se pedían reclutas en el Ministerio del Interior para enviarlos como gendarmes de guardias de cárcel al presidio de Tierra del Fuego.

A la mañana siguiente, Fernández era otro hombre. Presentóse en la Dirección de Territorios Nacionales donde procedieron a alistarlo. El trámite era sumarísimo. Casi ni documentos se necesitaban para constituir aquella especie de legión de desesperados, de arrumbados de la vida que se iban a vigilar presidiarios al extremo continental.

El servicio de guardia de cárcel lo aburrió bien pronto. Decididamente él no servía para pasearse con un fusil al hombre vigilando desdichados. Un buen día se coló de polizón en la bodega del "Armando", el minúsculo y temerario amigo de paquete que durante cuatro lustros cabalgó sobre las borrascas del Beagle en su ininterrumpido servicio semanal entre Magallanes y Ushuaia.

Desde Tacna hasta Cabo de Hornos no hubo remolienda donde Fernández no danzara, ni boliche donde no hubiera probado la capacidad de los vasos. Pasó de nuevo a territorio argentino por los desfiladeros de Ultima Esperanza. Cansado ya de vagabundear sin provecho, empezó trabajando de peón y adquirió baquía en el oficio de ovejero. Por último, se internó por las gargantas del Lago Argentino en busca de campo para asentar un rancho y largar una majada. Caducada la concesión de un lote allende el lago, en las estribaciones cordilleranas, rico en pastos, gestionó su adjudicación por intermedio de un agente en la capital del territorio. La concesión no se hizo esperar. El gobierno argentino en aquella época estimulaba la acción de los pobladores arriesgados, y allí se instaló, con el caudal inmenso de sus 25 años, una [illegible] ducida tropilla y dos perros. El yoni Thompson, que conoció en Natales regenteando un saladero, le proporcionó unas ovejitas en aparcería.

Renovado totalmente, el hombre se sintió otro. Llegó a recordar con lástima a los pobres tipos que corren por el asfalto para treparse a los tranvías, que almuerzan café con leche y que se extasían escuchando tangos llorones. Recordó a Buenos Aires y sintió algo así como asco.

Texto de la carta confidencial y en clave que el presidente de la Compañía Ganadera y Forestal recibió de su administrador general en Magallanes: "Participo absolutamente de su opinión, señor Presidente. El sujeto Fernández es un vecino incómodo. Ha consolidado su ocupación en el lote y ha fracasado todas mis tentativas para hacerlo entrar en razón. No se aviene a las insinuaciones de la Compañía en el sentido de enajenar sus derechos mediante un estipendio razonable, que podría cobrar, como otros, cómodamente en Buenos Aires con tal de seguir figurando en nuestros libros como ocupante legítimo. El hombre es irreductible, y como es preparado, también es peligroso. No sería difícil que no sólo no se conformara con su actual concesión, sino que es capaz de arrebatarnos otro lote en medianería con algún socio. Precisamente, tengo entendido que es muy amigo de Thompson, el fletero. He pensado, señor Presidente, de acuerdo con los pedidos de consejo que usted me formulara y que tanto me honran, que hay un remedio sencillo para evitar que Fernández siga su penetración en nuestros dominios. Yo dispongo de un poblador, hábil ovejero, muy adicto nuestro, que no tendrá inconveniente en ir a ocupar el lote que actualmente ocupa Fernández. Para mejor comprensión del señor Presidente, debo exponerle, que, por providencial coincidencia, mi recomendado se llama también Martín Fernández..."

A Fred Thompson le causó alguna extrañeza no encontrar a su amigo Fernández en Bahía Negra en ocasión de realizar la anunciada visita para la parición. Fernández había desaparecido, pero había en su lugar otro poblador que decía haberle adquirido a Fernández la concesión, ya que éste había determinado irse a Valparaíso.

Bah, se dijo el inglés, ese muchacho es tan loco que debe haberse aburrido. Siempre le tuve poca fe para este género de vida.

Si el inglés Thompson pensó algo más sobre la desaparición de Fernández, es cosa que nunca pudo probarse, pues poco tiempo después pereció ahogado al regresar una noche borracho de Punta Pájaros a bordo de su chalupa. Es decir, se supuso que habría muerto ahogado, y, que pruebas indubitables había de ello, pues si bien su cuerpo se habría ido al fondo del lago, la embarcación apareció cerca de La Embocadura. El yoni era muy temerario al empeñarse en cruzar el lago de noche y borracho, para dirigirse a su rancho en Península Dawson.

En la oficina de Tierras y Colonias no ocurrió nada de particular. La concesión 16, zona B, de 5000 hectáreas en Bahía Negra, la seguía usufructuando Martín Fernández, que abonaba honrada y escrupulosamente al fisco los [illegible] pastaje.

LA PIEZA AMUEBLADA

EN el West Side, un distrito de ladrillos rojos, existe un grupo de habitantes inquietos, inciertos nómades de corazón y de sentimientos. Cantan "Hogar, dulce Hogar" en tiempo de "rag" y llevan sus utensilios domésticos en una caja de sombreros.

Una noche, llegó a esta población, un joven forastero, que permaneció largo rato llamando sucesivamente en varias de aquellas "mansiones" rojas. Al llegar a la décimasegunda se detuvo, apoyó su maleta en el umbral y quitó el polvo a su frente y a su sombrero, con ademán cansado. La campanilla sonó desmayada y lejana, en alguna sórdida profundidad. Apareció en la puerta la dueña de la pensión, una mujer flaca, enfermiza, fea.

El preguntó si había alguna pieza disponible.

—Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso. Está desocupado desde hace una semana. ¿Quiere verlo?

El hombre subió las escaleras, siguiéndola. Una débil luz, que venía no se sabe de dónde, mitigaba las sombras de las paredes. Caminaron sobre la alfombra que cubría la escalera. Sus pasos no se oían. La alfombra era como otra vegetación agregada al triste y oscuro musgo que cubría, a trechos, la escalera y que se percibía, pegajoso, debajo de los pies. En cada descanso se veía un nicho que alguna vez pudo contener plantas. Pero las plantas hubieran rehusado vivir en ese turbio ambiente.

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor. Los Spr0mbs y los Mooney vivieron aquí tres meses, durante la representación de su "vaudeville". Ud. habrá oído hablar de Miss B'retta Spromb. Su certificado de matrimonio está colgado allí, arriba del escritorio. El gas está aquí. Este cuarto les gusta a todos. No permanece desocupado mucho tiempo.

—¿Hay mucha gente de teatro hospedada aquí?, preguntó el joven.

—¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro. Sí, señor, este es el distrito teatral. Los actores nunca están fijos en ninguna parte. Sí. Van y vienen.

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida. Contó el dinero. La mujer dijo que el cuarto estaba preparado de antemano y aseguró que no había omitido ningún detalle: ni las toallas ni el agua. Cuando ya se retiraba, el forastero le dirigió la pregunta que cien veces había acudido a sus labios:

—Una jovencita —Miss Vashner...— Miss Eloise Vashner... ¿Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensionistas? Probablemente canta en algún teatro. Una hermosa joven, de estatura mediana, esbelta, de cabello dorado. Tiene una mancha oscura cerca de la ceja izquierda...

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser.

—No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros y buscaba entre los cuerpos de baile; a la noche pasaba de los teatrillos a los cafetines de tan baja categoría, que le hacían temer la posibilidad de una contestación afirmativa. La amaba mucho. Tenía necesidad de hallarla. Estaba seguro de que ella se encontraría en alguna parte de aquella ciudad grande y aturdida. Desde que abandonara el hogar, no la había vuelto a ver.

Se reclinó, cansado, en una silla, echando una ojeada a su alrededor. Sobre el papel chillón de la pared, aparecían esos cuadros que se ven en todas las casas. Los rebuscados contornos de la estufa, desaparecían, poco gloriosamente, debajo de un lienzo arrojado con descuido. Encima de ella se veían, como desolados restos de algún buque náufrago, unos floreros insignificantes, retratos de artistas, un frasco de medicina y unas cuantas barajas escapadas de cualquier mazo.

En cada una de las marcas, que la procesión de huéspedes habría ido dejando tras de sí, descubría un significado. En la policroma alfombra,



que más se asemejaba a un islote florecido, había un espacio deshilachado, frente al tocador, lo que sugería que muchas mujeres habían caminado sobre ella. Diminutas impresiones digitales que había en la pared, hablaban de pequeños prisioneros. Una gran mancha brillosa evidenciaba que alguien había estrellado una botella, o un vaso, con su contenido, en la pared. En el espejo se veía, grabado con un diamante, el nombre de "Marie". El moblaje estaba estropeado: el camastro, con sus muelles desvencijados, parecía un monstruo muerto después de una terrible convulsión. A la estufa le faltaba un gran pedazo de mármol. Parecía imposible que todo este daño hubiera sido causado, por aquellos que, circunstancialmente, llamaron "hogar" a ese cuarto.

El hombre sentado en la silla, dejaba que todos esos pensamientos desfilaran por su mente, mientras llegaban hacia él, provenientes de otras piezas, determinados sonidos y determinados perfumes. Risas. Monólogos. Canciones de cuna. Algún llanto aburridor. Abajo, un banjo pulsado con bríos. Puertas que se batían. Un gato aullaba en una verja. Respiró el propio ambiente de la casa: un frío, mustio efluvio, un olor a caverna, mezclado con exhalaciones de linoléum y de madera.

De pronto, el cuarto se inundó con un dulce y potente perfume de "Mignonette". Había algo vital en ese perfume: era casi material, casi tangible. El hombre dió un grito. Le pareció que alguien lo había llamado.

—¿Qué, querida? — preguntó, mirando ansiosamente en torno. El perfume lo envolvía, suavemente. Alzó sus brazos como si hubiera querido alcanzarlo.

—¡Ella ha estado aquí! —exclamó—, y comenzó a revolver el cuarto, buscando afanosamente alguna confirmación a sus palabras. Sabía que reconocería el objeto más pequeño que ella hubiese tocado o poseído. Ese envolvente perfume de "Mignonette"; la esencia que ella había adoptado ¿de dónde venía?

El cuarto había sido ordenado solamente en apariencia. En el tocador encontró algunas horquillas. Pero las horquillas son todas iguales. Todas las mujeres usan las mismas. Abrió un cajón y sacó un pañuelito viejo, desgarrado. Lo acercó a su rostro. Olía insolentemente a heliotropo. Lo tiró, brusco, al suelo. En otro cajon encontró botones, un programa de teatro, una boleta de empeño y un libro sobre la adivinación de los sueños. En el último cajón del tocador, había una cinta negra, para el cabello. Sintió que el corazón le saltaba con fuerza dentro del pecho. Pero las cintas para el cabello también son comunes como las horquillas y no refieren nada. Cerró el cajón con un golpe y comenzó de nuevo a recorrer el cuarto, desesperadamente, deslizando las manos por las paredes, registrando las mesas, la estufa, los cortinados, buscando febrilmente algún indicio, sin saber que ella estaba allí, en todos los rincones, alrededor de él, contra él, enroscándose a su cuerpo, llamándolo perentoriamente. Esta voz fué lo único que pudo indicarle la presencia de ella, allí. Una vez más contestó: "¡Voy, querida!" Y se volvió, con la mirada extraviada, sin ver nada, porque todavía no podía columbrar forma, ni color, ni amor en el perfume de "Mignonette".

—¡Oh, Dios! —gimió—. ¿Desde cuándo tienen voz los perfumes?

Escarbó, enloquecido, en todas las hendijas, en todos los orificios, sacando de allí, corchos y cigarrillos. A éstos les prestó poca atención. Pero, al hallar, en un pliegue de la alfombra, un cigarro a medio fumar, lanzó un terrible juramento y lo aplastó con el taco. Encontró muchas cosas más: pero de aquella a quien buscaba y cuyo espíritu parecía flotar en la habitación, no había ningún rastro.



De pronto pensó en la dueña de la pensión. Corrió, escaleras abajo, hasta llegar a una puerta que dejaba escapar una franja de luz. La mujer apareció, en respuesta a su llamado. El trató de disimular su agitación lo mejor que pudo.

—¿Quisiera decirme, señora, —rogó— quién ocupó la pieza antes de que yo llegara?

—Sí, señor. Voy a decírselo otra vez. Fueron los Sprobs y los Mooney, como ya le dije. Miss B'retta Spromb era su nombre de teatro, pero privadamente se llamaba Miss Mooney. Mi casa es muy decente...

—¿Cómo era el aspecto de Miss Spromb? —interrumpió el hombre.

—Y... Tenía pelo negro, señor, baja, gruesa, con una cara muy cómica. El martes hace una semana que se fué.

—¿Y antes que ellos? ¿Quién vivió aquí?

—Un caballero soltero, que se fué debiendo una semana. Antes estuvo Mrs. Crowder, con sus dos chicos. Ocupó el cuarto por cuatro meses. Anterior a ellos estuvo el anciano Mr. Doyle, cuyos hijos pagaron por él. Esto se remonta a un año atrás, señor, y ya no recuerdo más.

El le dió las gracias y se dirigió, arrastrándose, hacia su cuarto. La esencia que lo había hecho revivir no existía ya. El perfume de "Mignonette" había desaparecido. En cambio, persistía el viejo olor a madera y a sótano. La muerte de su esperanza lo agotó por completo. Se sentó, contemplando la amarilla luz del gas. Inmediatamente fué hacia la cama y rasgó las sábanas en tiras. Con la hoja de su cuchillo las introdujo en todos los intersticios, alrededor de las ventanas y de la puerta. Cuando todas las rendijas estuvieron obstruídas, abrió la llave del gas, permitiendo que éste saliera con toda su fuerza. Después se tendió en la cama.

. . . .

En esa noche le correspondía a Miss McCool el ir a buscar cerveza al sótano. Una vez lleno el jarro, se sentó con Mrs. Purdy en uno de los retiros subterráneos, punto de reunión de las amas de casa.

—He alquilado de nuevo el cuarto del tercer piso, esta noche — dijo Mrs. Purdy, a través de un gran círculo de espuma que rodeaba su boca. — Un joven lo tomó. Hace dos horas que se acostó.

—¡Oh, señora! ¿Lo alquiló? — dijo Miss McCool, con inmensa admiración. Ud. es maravillosa. No resulta muy fácil alquilar un cuarto como ese. ¿Le contó a él?... murmuró misteriosamente.

—Las piezas —dijo Mrs. Purdy— se amueblan para alquilarlas. No. No le conté "aquello", a él, Miss McCool.

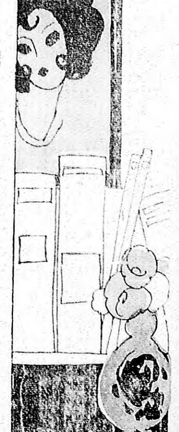
—Ha hecho bien, señora. Gracias a las piezas amuebladas podemos mantenernos. Hay mucha gente que se negaría a tomar ese cuarto si le dijeran que en la cama del mismo se suicidó alguien.

—Como Ud. dice, tenemos que vivir de algún modo — observó Mrs. Purdy.

—Sí, señora; es verdad. Hoy hace justamente una semana que yo le ayudé a Ud. a arreglar ese cuarto. Ella fué muy tonta al suicidarse con el gas. Era muy bonita.

—Se la consideraba hermosa, como Ud. dice, concedió de mala gana Mrs. Purdy. Pero esa mancha que tenía le desfiguraba un poco la ceja izquierda. Llene su vaso otra vez, Miss McCool.





ILUSTRACION DE

P. GUIDA

POR

O. HENRY

Promesa

CON su ollita de locro guardado de la noche anterior, salió tempranito la chinitiila arriando una veintena de cabras y ovejas que eran todo el patrimonio del rancho. Una chiva rosada grandota encabezaba como de costumbre el pelotón. Casi arrastraba su vientre el animal ya alumbrado por dentro con el milagro de una nueva fecundación. A la zaga dos perrillos humildes y flacos como un silbido, marchaban como dándose el aire de ser hábiles ovejeros.

El rancho quedó atrás bien pronto y los animales apenas se encontraron con el abra del pajonal reverdecido por delante, se dieron a retozar de lo lindo. Los perrillos creían de su deber poner orden a la desordenada caravana y ladraban sin ton ni son, corriendo de un lado para otro. La Damiana intervino entonces, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Rompefierro! ¡Rompefierro! ¡Sultán! Picho, pichito, vení!

Los caschecitos al oír esa voz se volvían sopiando la tierra con sus narices humedecidas por el aire de la mañana. Horas y horas se distraía la zagala con sus nobles compañeros. Hacia mediodía, después de haber muerto su tiempo entre vistazo y vistazo a la pequeña tropa y hondeando pajaritos con su gomera, la Damiana se sentaba a la vera de un algarrobo que le ofrecía sombra y fragancia de los frutos maduros. Sacaba su merienda y al esparcirse el grato olor de la ollita con locro, los perrillos se sentían más retozones que nunca. Como unos chiquilios hacían a la zagala toda suerte de fiestas, moviendo su cola y los ojillos vivarachos.

—¡Tatita! ¡Tatita!...

Hinchados los ojos, corriendo seguida de los perritos, llegó la Damiana al rancho y no se cansaba de repetir, mientras buscaba por todas partes a su abuelo:

—¡Tatita! ¡Tatita! ¡Tata viejo? ¿Dónde está?

Don Juan de Dios apareció tranquilo, sin preocuparse de la alarma de su nieta.

—¡Tatita!...

Se atragantaba en sollozos la chiquilla, hasta preocupar al viejo, que exclamó:

—Pero, ¿qué te pasa, criatura de Dios? ¿Qué tenís?...

Sin dejar de llorar, la Damiana se hizo entender como pudo diciendo que se le habían extraviado en el monte varias de las cabritas que llevara por la mañana a pastar, como de costumbre. Con los ojos humedecidos, sollozando, la Damiana buscó humildemente los brazos de su abuelo y se refugió en ellos cohibida por la desgracia. Don Juan de Dios la atrajó con lástima. La arrimó bien cerca y la apretó amorosamente contra su corazón...

—Y, bueno — le dijo, sin mostrar preocupación. — Al pobre nunca le faltan nanas y a veces vienen todas juntas. Ya ves: de Tucumán escriben diciendo que tu pobre tata está enfermo y que la Celedonia es quien tiene que ir al surco afiebrada, a pelar la caña, con el agua hasta las rodillas, para ganar el jornal de su marido y no morirse de hambre...

La chiquilla, sin comprender, se quedó dormitando entre los brazos amorosos del abuelo y al cabo de un rato, como si despertase con una idea genial, iluminada la cara y acariciando la barba del viejo, le dijo:

—¿Y si le hiciésemos una promesa a la Telesita, tata viejo?

Don Juan de Dios abrió tamaños ojos, extrañado de la inspiración de su nieta y luego, aceptando la propuesta en su interior, pensó que era cierto que la Telesita había hecho siempre esa clase de milagros, es decir, que había ayudado a los pobres en cuanta desgracia de esta naturaleza se les presentara.

Don Juan de Dios se dispuso a obrar. Poco después, ante la mirada cariñosa y esperanzada de su nietecita, el viejo hacía fervoroso esta promesa:

—"Santa Telesita milagrosa: Te ofrezco la fiesta más linda y alegre si consigues que vuelvan los animalitos de mi Damiana. Somos pobres, muy pobres, Santa Telesita. Tú bien lo sabes y eres la única que puede ayudarnos"...

Al día siguiente se hicieron los preparativos para la fiesta. Se iba a echar, como se dice, la casa por la ventana. Don Juan de Dios en persona remojó la algarroba para la aloja. La Damiana seguía con interés cada vez mayor los tragines. No se cansaba sin embargo de echar un vistazo hacia el monte cercano, a ver si aparecía la majada perdida.

Pero toda la fe de aquellas sencillas almas estaba puesta en el milagro de la Telesita, diosa de la alegría, protectora de los pobres. Cuando se supo en los ranchos vecinos lo de la promesa, todos la aprobaron. Demasiado sabían aquellas rudas gentes que la Telesita no podía dejar de hacer el milagro que se le pedía. La Telesita, según se sabía desde tiempo inmemorial, fué una joven morena que, tocada el alma por un desengaño amoroso, se había dado a vagar por la selva y los pequeños poblados, siempre en procura de alguna fiesta. Buscaba los bailes y era incansable cuando se entregaba a ellos. Y diz que cuando murió, su alma siguió errante, siempre detrás de las fiestas camperas. La Telesita, tanto en vida como después de muerta, tuvo el don de la ubicuidad, de tal suerte que tanto podía asistir a una fiesta en Los Copos lejanos, como a una en Sumampa, distancia opuesta y a muchas leguas un punto del otro. Por eso cuando murió, las gentes sencillas la erigieron en diosa de la alegría, embelleciéndola en la leyenda dulce e inmortal. Cada vez que se perdía un animal u otro objeto de valor, una fiesta a la diosa morena, una festejada en su homenaje, agrandaba la fe de los paisanos. Sus milagros eran incontables.

El patio del rancho de Don Juan de Dios se llenó de alegres convidados. En grandes tinajas de barro cocido rebasaba la aloja para todos los gustos: desde la llamada "agua muerta", que es lo que en coctail denominamos "seco", la más agarradora, hasta la dulce aloja como refresco que las mujeres paladeaban sin temor de emborracharse. Aguardiente de Catamarca y vino morado, completaban la provisión.

Don Juan de Dios, como promesante, se dispuso a cumplir el rito ante la expectativa general.

Cruzó el patio y eligió para que lo acompañara en calidad de madrina, la más buena moza de las niñas. Luego llevó a ésta de la mano hasta el centro y levantando la copa de aguardiente como era de obligación, pronunció estas palabras:

—¡Santa Teresita milagrosa: velaquí la fiesta que te doy pa que me hagas aparecer los animales perdidos.

Sonaron el acordeón y el bombo camperos y a la voz de ¡áura! la pareja alzó los brazos como en un vuelo suave y musical.

En cada vuelta de la chacarera, Don Juan de Dios cumplió con el rito impuesto por las circunstancias bebiendo su copa repleta de aguardiente. La madrina hacía otro tanto mojando los labios en un jarro de rica aloja.

Después se generalizó el baile.

En un rincón, sobre un apero de los tertulianos, la Damiana, que presenciaba la fiesta, se quedó dormida...

Hacia el amanecer, Don Juan de Dios, influenciado sin duda por su fe, se quedó pensativo, afirmado a un horcón de quebracho, apartado de los demás. Es que en ese instante le pareció presentir el espíritu de la Telesita. En la fiesta había algo así como un aire de misterio, tanto, que el sencillo hombre se quedó como extasiado, seguro de que aquélla debía estar en la rueda de la alegre zamba, bailando sola, haciendo crugir las enaguas almidonadas bajo la amplia pollera de vivos colores, con el cántaro de barro a la cadera, como diz que solía aparecerse...

Y Don Juan de Dios pronunció de nuevo, entre dientes, el reclamo fervoroso: "Santa Telesita milagrosa, madrecita de nosotros que somos tan pobres: hacéme aparecer las cabritas de mi Damiana".

El bombo y el acordeón continuaban esparciendo sus notas dulzonas, alternando de vez en vez con las coplas decidoras de la vidala.

Poco rato después, el sol asomaba redondo y luminoso a ras del suelo, allá en el horizonte y al clarear más el día, alguien descubrió cómo desde un montículo asomaban las cabritas de la Damiana... Encabezando el pequeño escuadrón, venía la chiva rosada, que caminaba a gatas bajo el peso de su vientre próximo a dar a luz.

La Damiana despertó con la algazara producida por el milagro.

Una última zamba para todos rezongó el acordeón, mientras los pájaros confundían su vocinglerío sobre la copa de los algarrobos con los cantos del paisanaje en fiesta:

"La dicha de los pobres
dura un instante
viva la Telesita
la diosa errante".

ENRIQUE C.



Horneros

por

G. E. HUDSON

ILUSTRACION DE GÜIDA

★

EL hornero color bermejo es una especie conocidísima en la Argentina, y, donde se le encuentra se vuelve un predilecto del público, a causa de su familiaridad con el hombre, su voz fuerte, vibrante, alegre, y de su maravilloso nido hecho de barro, que prefiere construir cerca de una vivienda humana, a menudo sobre una cornisa, sobre una viga saliente o sobre el techo de la misma casa.

Es el hornero un pájaro pequeño y fornido, dotado de un pico fino, ligeramente encorvado de casi una pulgada de largo, y de fuertes patitas apropiadas a sus hábitos terrestres. El plumaje superior es de color uniformemente bermejo-marrón, de colorido más brillante sobre la cola; la superficie inferior es ligeramente marrón. Se le halla por todo el territorio argentino hasta Bahía Blanca por el Sur. Se le denomina generalmente **Hornero** o **Casera**; en el Brasil llámasele **José de los Barrios** o **Juan Greda**, como lo traduce Richard Burton.

El nombre **Alonzo García** está muy favorecido, pues se trata de un nombre de pila y un apellido. Los oriundos del país me han asegurado que el Hornero es un pájaro religioso, pues suspende sus labores el día domingo y los de fiestas de guardar.

Es un pájaro de habitación permanente, vive en pareja para toda la vida, y procura del suelo su comida, que consiste en larvas y gusanos. Se complace en los espacios abiertos, donde puede moverse libremente a su albedrío, y, asimismo le gustan los patios, los caminos despejados de los jardines, etc., donde se pavonea con un aspecto grave, con su cabecita echada para atrás y su pequeño pecho bien erguido. A cada paso levanta su patita, suspendiéndola en el aire por unos momentos antes de volver a posarla de nuevo con firmeza. Me fué dado observar a uno de ellos una vez volar sobre un tablón de diez pies de largo que estaba tendido sobre la húmeda grama; caminó él muy seriamente hasta el término del tablón, luego se dió vuelta, y volvió a caminar deliberadamente hasta el extremo, y así lo repitió durante unas veinte veces; parecía gozar el avecita sobremanera al poder pasearse por una superficie plana alisada. Cuando se le desasosiega, el hornero emite un fuerte silbido monótono de alarma o de curiosidad, el cual jamás deja de atraer a sus compañeros que estén a distancia para haber podido oírlo. Los movimientos de una comadreja, de un zorro o de un gato en alguna hacienda, se dan a conocer por el alboroto que el hecho produce entre los horneros. Con frecuentes intervalos, durante el día, el macho y la hembra se encuentran y expresan su alegría por medio de notas claras y resonantes cantadas a dúo, hábito común este último común a gran número de los pájaros Dendrocolaptine, incluyendo, creo, todas aquellas especies cuyos miembros se aparean para toda la vida. En la mayoría de las especies esta función vocal consiste meramente en una sucesión de notas o gritos confusos, emitidos con mucho ánimo y énfasis; en los horneros se ha resuelto en un cantar armonioso. Así, el primer pájaro, al aparecer su cónyuge que vuela hacia el lugar del encuentro, emite notas fuertes y medidas, algunas veces una nota gorjeada continua acompañada de un sonido metálico; mas inmediatamente al gorjear el otro pájaro, este pasaje preliminar se torna rápidamente en tresillos, acentuados fuertemente en las primeras y últimas notas, mientras que el segundo pájaro profiere una serie de notas fuertes y medidas en perfecto acuerdo con los tresillos del primero. En tanto que cantan de esta suerte, están parados el uno frente al otro, con sus pescuezos alargados, las alas colgantes, y extendidas las colas, el primero de los pájaros tiembla todo a causa de sus chirridos y el son emitidas, y aun más, la misma pareja no repite su dúo.

Cuando las estaciones son propicias, los horneros comienzan a edificar en el otoño y vuelven a emprender la labor durante el invierno cuando se da una temporada de tiempo suave y húmedo. Algunas de sus estructuras están concluídas para los primeros meses, del invierno, otras en las primavera, dependiendo ello de las condiciones atmosféricas y el estado de los pájaros. Cuando el tiempo es frío, seco, y los alimentos escasean, cesa su labor. El sitio escogido para el nido es una gruesa rama horizontal o la cima de un poste, y con mucha frecuencia lo construye el hornero sobre el techo de la casa, y otras veces, pero por rareza, sobre el suelo. El material que él emplea es el barro, con agregado de pelos de caballo o de delgadas raicillas fibrosas, los cuales endurecen la estructura y le impiden hundirse. Con frecuencia he observado a un pájaro, en el acto de construir, recoger primero una fibra o cabello, luego dirigirse a un charco, donde hacía con ello una pelotilla de barro del tamaño de una almendra y en seguida llevarla al nido. Una vez terminada la estructura, tiene el aspecto exterior del horno de un panadero, mas con una entrada más profunda y más angosta.

El nido está colocado muy [illegible] siempre, y con la entrada dando frente a algún edificio [illegible] que hay una en su vecindad, o, si da al camino, mira hacia este último; la razón, sin duda, de esta disposición, es para que el pájaro pueda estar al tanto de los movimientos de la gente mientras está edificando, y de esa suerte, puede mantener abierto e inconcluso el nido de ese lado hasta el último momento, y ahí necesariamente debe quedar la entrada. Cuando la estructura ha logrado asumir la forma globular dotada tan sólo de una abertura estrecha, una de las paredes laterales es torcida hacia adentro, alcanzando desde el suelo a la cúpula, y en la [illegible] interior se deja una abertura para admitir el pájaro al interior o a una segunda cámara, donde los huevos son [illegible]. La mano de un hombre puede penetrar fácilmente a la primera cámara o entrada, pero no puede darle vuelta para alcanzar los huevos, depositados en la cavidad interior, pues la entrada, además de ser muy pequeña, está muy alta [illegible].

El interior está tapizado con pasto suave y seco, y allí se ponen cinco huevos de color blanco y del aspecto de una pera. El horno tiene un diámetro de un metro o más, y a veces es muy macizo, pesando de ocho a nueve libras, y tan compactamente construído que, a menos que se desprenda por el cimbramiento de la rama, permanece incólume durante dos o tres años. Los pájaros incuban por turnos, y cuando uno de ellos regresa de la búsqueda de los alimentos, canta estruendosamente, mientras que el que está incubando vuela hacia aquél y se une al alegre coro y luego desaparece en el aire, en tanto el otro toma su lugar sobre los huevos.

Los pequeñuelos son en extremo locuaces, y cuando apenas están emplumando, puede oírseles practicar trinos y dúos en su seguro refugio con voces chillonas y temblorosas, que se convierten en el peculiar grito del hambre cuando sus padres ingresan con el alimento. Después de abandonar el nido, los pájaros viejos y los jóvenes viven juntos uno o dos meses, pues sólo crían una nidada por año. Cada año construyen un horno, y he observado más de una vez construir un segundo horno sobre la cima del primero, toda vez que éste haya sido colocado ventajosamente, como por ejemplo en una saliente o contra un muro.

Acaeció una cosa muy extraña en la casa de una estancia de un vecino mío en Buenos Aires durante la primavera. Una pareja de horneros había construído su horno sobre el extremo de un tirante saliente de la pared de un rancho. Una mañana uno de los pájaros fué preso en una trampa de acero que había sido colocada la noche antes para aprisionar ratas; las dos patitas del hornero habían sido quebradas por encima de la rodilla. Al dársele la libertad voló hacia su horno, donde evidentemente se desangró, muriendo en consecuencia, pues no se le volvió a ver. Su cónyuge permaneció allí dos días, llamando sin cesar, y andando el tiempo desapareció. Tres días más tarde regresó con un nuevo compañero, e inmediatamente los dos pájaros comenzaron a cargar pelotillas de barro al horno, con las cuales cerraron la entrada. Después construyeron un segundo horno, utilizando el sepulcro del pájaro muerto como embasamiento, y allí criaron a su prole.

Mi vecino, un viejo paisano, había estado observando los pájaros de vez en cuando, en el momento que habían estado construyendo el horno, y experimentaba mucho interés en las actividades de los horneros. Creía que su presencia en su vivienda era una señal de buen agüero, y no es de extrañarse que después de haber sido testigo del entierro del hornero muerto estuviera más convencido que nunca de que los pequeños arquitectos del hogar eran "aves piadosas".

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dibble*





EL BAÑO SAGRADO



RONDA ESCOLAR

LA LECCION DE GEOGRAFIA



TABA CRIOLLA

DIA domingo. Puesto humilde. Un ranchito apenas. Un algibe. Un pequeño corral. Un carro tumbado. Dos o tres perros. Unas cuantas gallinas. Un caballo atado al palenque, que mosquea con el abanico de su cola rabona. Frente al rancho, en la calle de tierra, un viejo gaucho distrae su ocio dominguero, ensayando algunos tiritos de taba. A su lado retoza un muchacho de unos diez años escasos; medio rotoso, de patas en el suelo. El campo está envuelto en un gran manto dorado, con que lo cubre el sol de aquella mañana tibia y brillante.

Muchacho. — ¡Suerte...! ¿Y si no juera...?

Paisano. — Sería l'otro...

Muchacho. — ¡Ah! ¡Ah! ¿Y qu'es l'otro...?

Paisano. — Lo mesmo qu'se dice del hombre cuando anda en la mala.

Muchacho. — No compriendo bien; explíquese, pues.

Paisano. — Güeno, escuchá: Este güesito que ves aquí (y hace dar vueltas en su amplia mano de gaucho a aquella taba que está más limpia y pulida que diente de vizcacha y que al girar a la luz del sol, engendra extraños y fúlgidos reflejos), este güesito, es como el destino. Unas veces se güelve arisco y receloso como pingo ridomón y en otras ucasiones le da por regalonearnos como si juera mujer enamorada.

Muchacho. — ¡Ajá! ¡Ajá!

Paisano. — No vides lo'jotros días, sin dir más lejos, el hijo del puestero de la "Blanquiada" se echó como diez suertes de un derrepente. ¡Si parecía que el hombre la hubiera alquilao! ¡Tá, qué potra bárbara!

Muchacho. — ¿Y pa'qué vale la suerte...?

Paisano. — ¿Pa'qué vale...? ¡No seas bagual! ¿No sabés entuavía pa qué vale? ¿No sabés potranco!?

Pa qué vale...! ¡Pa' nada! Pa salir parao, amigo, pa'eso sirve!

Muchacho. — Sí, pero yo he hecho más suertes, con este güeso y, sin embargo!...

Paisano. — Y sin embargo, ¿qué?

Muchacho. — No he ganao ni "un diez" pa' confites. ¿No ve? (y alzando la taba que ha caído a sus pies, ensaya un tiro que hace describir en el aire una sucesión de pequeños espirales de reflejos). ¡Zás, suerte! ¡Y de ahí, ¿qué gano? ¿Tengo alguna moneda en el bolsillo? ¿Me llueven confites o golosinas? ¡No vé que son cuentos!

El gaucho lo mira, primero sonriente, después se va poniendo medio serio y termina con un "no sea zoncito, amigo". ¡No vé que no es juego pa' mocosos! Y en dispués: pa'ganar algo, hay que jugar algo. Ansina es la vida, si no se juega por algo, no se gana "ni ésto"... (y acompaña esta expresión con un golpecito de uña, que indica a las claras la medida de su aseveración).

Hay que probar la suerte pa' saber si uno es de lay, o no es de lay! De todos modos, lo más que nos puede ocurrir es que...

Muchacho. — Que salga l'otro... ¿verdad padrino?

Paisano. — Eso mesmo, eso mesmo, muchacho...

Muchacho. — Pero ¿pa l'otro no hay rimedio...?

Paisano. — (Que ya ha empezado a intranquilizarse con las preguntas un tanto atrevidas del muchacho): Lo hay y no lo hay. A veces es cuestión de... de... de l'otro, es decir, de suerte. Otras veces, no puede vencer al destino. Ya t'he dicho, muchacho, qu'es como mujer de caprichoso... pero, pa'esto hay que ser juerte y no tener miedo a náides.

Ansina si nos sale al paso y forcejea por dueblarnos, debemos atropellar con brío, como caballo en rodeo y castigarlo por las orejas, hasta que afloje y se amanse. Si no cede, entonces, ¿qué vamo'hacer? hay que conformarse. Será, pué, que uno anda como la taba, cuando cae suerte p'abájo.

Muchacho. — ¡Ah, ah! Y, padrino, ¿cómo é el destino?

Paisano. — El destino — contesta el gaucho ladeando el sombrero para un lado y rascándose la coronilla — no se lo vido nunca. Unos dicen que es alto y descarnao como usamenta; otros asiguran que lo han visto echando juego por lo'ojos y la boca, como si tuviera un candil en el mesmo garguero. Hay quienes lo pintan con cola y vestío'e colorao, como si juera a una fiesta'e carnaval.

Yo no apreseo bien como será; pero me lo'magino medio retobao y medio cachafaz también. Si es como dicen, qu'es igual a mujer embarazada, ha de tener más caprichos qu'el diablo!

Muchacho. — ¡Ajá! ¡ajá! Y diga, padrino, ¿por qué no lo enlaza alguno al destino y lo trai p'acá, pa'que lo vemos?

Paisano. — ¡No sea bárbaro, mijo! Esa gente no la agarra usted ni con lazo, ni con boliadoras. Es más refaloso que víbora mojada. ¿Me entiendes? Se le escurre a uno de la mano como tiento engrasao... Yo nunca lo vide, pero ¡Dios me libre! ¡Si ha de ser más bagual que ternero ensillao!

El paisano toma la taba y la lanza una vez más sobre la calle humedecida aún por el rocío mañanero. Avanza unos pasos para cerciorarse del resultado de aquel tiro y dando vuelta su amplia cara, tostada por el sol de la pampa, dice al muchacho que se ha quedado pensativo, mirando el zaino aquel que en el palenque cercano patea enredado en el cabestro que lo tiene sujeto:

—Ves, ahí tenés lo qu'es el destino. Mitad suerte y mitad... l'otro.

Y como el sol empieza a picar en las paletas y un gauchito se acerca al puesto al galope tendido de su "malacara" y las gallinas y los perros se alborotan, el gaucho alzando el hueso aquel, que es blanco y lisito como el semblante de un niño y caprichoso y emperrado como corazón de mujer, lo aprieta en su ruda manota, lo aprieta fuerte, como si deseara detener entre sus dedos, el símbolo de su propio destino.

El gurí mira al recién llegado con ojos de pollo que ha visto una lombriz en el suelo y como no tiene nada que ver, ni le es posible preguntar nada, se marcha al trote de sus patitas descalzas, que redoblan como dos cascos bajo la calma de aquella hermosa mañana campera.

★

El paisano que ha llegado, desmonta de su caballo, que está chorreando sudor y tiene los ijares blancos de espuma. Le pasa la mano por el anca, de la que surge un vapor que huele a bajera. Lo ata a uno de los postes del palenque y medio pensativo penetra en el rancho, seguido del puestero, que ha descubierto algo raro en aquella expresión preocupada del muchacho.

Paisano. — ¿Qué pasa, che? ¿Alguna noticia mala?

El criollito baja la cabeza y mientras con la lonja del rebenque castiga una de sus pantorrillas, dando pequeños golpecitos sobre la bombacha a cuadros, con los ojos muy grandes, como si estuviera viendo acercarse una visión macabra, dice medio entrecortado, como con miedo de largar de golpe algo que va a hacer temblar al puestero. Este que ha empezado a intranquilizarse con la actitud del mozo, lo toma de un brazo y lo interroga con un categórico, que le hace dar vuelta el torso:

—¡Decí, pues, que ha pasao!

Y como el gauchito, que es medio apocado, lo mira con ojos de susto, puede el viejo criollo darse perfectamente cuenta de que algo grave debe haber pasado, que tenga alguna relación con él.

Paisano. — ¿Qué ha pasao, muchacho?

Gauchito. — ¡Qué va'pasar, don Juárez! Que un caballo, el oscuro suyo, se ha caído en el "jagüel d'el medio" y ahí está el pobre que no da más... Se áhuga, don, se áhuga...

Paisano. — ¿Y eso es tan grave, amigo?

Gauchito. — Eso no sería nada, don Juárez. Es que... encima del caballo iba su hijo Ruperto...

Paisano. — ¿Y qué...?

Gauchito. — ¡Y él tamién se áhuga, don...!

Paisano. — ¡Ahijuna...!

Y como "las papas queman" y el asunto es medio grave y amenaza turbar la calma de aquella plácida mañana de enero, el gaucho que ha tomado al trote el camino del palenque, se vuelve y mostrando en la palma de la mano la taba aquella, que sin sentirlo, ha tenido oprimida entre sus dedos, la arroja a los pies del gurí, que ante los aspavientos del padrino, ha vuelto a terciar en la escena, esta vez más asustado aún.

Muchacho. — ¡Zas!, ¡l'otro, padrino!

Pero como el hombre no le oye y el criollito sigue pensativo, mirando el suelo, recostado en uno de los esquineros del rancho, el chico que ha olido a algo grave, algo que tiene olor a tragedia, alza la taba, la analiza un instante y mostrándole una de las caras, que brilla al sol como un espejo, le dice medio inocente y medio pensativo también:

—¡Ansí e'el destino, asegún asigura el padrino...!

—¡Sí, pué! — responde el mozo — ¡Eso... eso mesmo es! ¡Mitad suerte y mitad l'otro!...

ILUSTRACION DE

A. Rechain

POR

Bernárdez Jacques



ATROCES FIGURAS

"VILLA SALUD" quedaba retirada de aquella localidad campestre, cuya industria principal eran los tambos y sus pobladores, gente sencilla sin más preocupación que las naturales sugeridas por las características del año. Una lluvia provocaba a veces el júbilo unánime de la gente y otras sembraba en los rostros curtidos una impresión de desaliento que en las conversaciones la palabra, precisa y tajante, divulgaba a todo trapo:

—Este aguacero, me echó a perder el corte de "alfa". Ni me dió tiempo para "entrar" con la máquina. ¡Parece maldición!

A otro, en cambio, el percance atmosférico le había sorprendido con la faena más adelantada; pero el final desastroso, era el mismo:

—¿Y a mí? Tenía ya el "cuadro" engavillado y ahora sin tiempo para emparvar, el "alfa" se me ha de pudrir. ¡Ni que el tiempo se hubiera "güelto" loco!

Y cada cual veía sujeto a su vecino en la misma preocupación. En el almacén donde se iba a beber una copa; en los campos donde se deslomaban trabajando; en los ranchos donde ardían, de noche, los "humeros"; el tema era parecido y los pronósticos iguales. En todas partes, sí, menos en Villa Salud.

Allí se vivía boca abajo. Nunca se miraba el cielo, porque el tiempo como acaso atmosférico, no aceleraba inquietudes, ni desmenuzaba ilusiones. Allí, no había vacas, ni pasto. El profesor Crispo, su hija y los tres pensionistas, que eran todos los ocupantes, tenían su pan asegurado. Precisamente lo que les faltaba a los pobladores de la localidad.

El profesor, hombre de setenta años, al retirarse de la clínica lleno de acciones sobre sí y de consideración en el juicio de los demás, había llevado consigo a esos tres hombres. Era el último esfuerzo, en vísperas de su fin, verosímilmente cercano, que haría por lograr el reintegro de esos hombres al mundo normal. Esos seres habían perdido el raciocinio vulgar que rebosaba en el proceder de todos los otros, y, en su reemplazo, habían encontrado otro modo de discurrir extravagante y terriblemente lógico. Sí, porque todo aquello era el drama de una sustitución.

Hacerles tomar de nuevo el sendero del que se alejaran, he ahí el objeto, el único objeto, del profesor. Pero, quizás, él solo, no fuera bastante para llevar a cabo tan hermosa tarea. Tenía como colaboradora, como ayuda a su hija. Era ésta, toda carácter, fortaleza anímica y espiritual. Cuando llegaba la noche y los tres pensionistas estaban recogidos, padre e hija, conversaban. Su hija, gran lectora, le ponía al tanto de las novedades que agitaban al mundo, tan lejano, actualizando la visión del anciano, por momentos atrasada en diez o veinte años. A veces, surgían curiosas diferencias:

—¿Oye, Julia, todavía duran los festejos del Centenario?

—Pero papá, respondía ella, ¿no le dije la otra noche que eso ya pasó? ¿No recuerda que le expliqué el motivo de la declaración de la guerra que tuvo por fin el triunfo de las armas aliadas? Haga memoria, papá. Piense. ¿A ver?

Había en el buceo interno del profesor una angustia igual a la que embargaba el ánimo de Julia. El, tenía miedo de contestar. Ella, de oir. El momento, era digno de una pincelada. Hasta que al cabo, prorrumpía el anciano:

—¡Ah! ¡Sí! Tú, aquella noche, vestías un traje azul a cuadros blancos y yo... aguarda Julia... yo—repetía—comíamos unas legumbres. ¿No era esa la escena?

—Ciertamente, conformaba la hija.

Entonces, la pesadilla que oprimía a los dos, se disipaba: se iba. El profesor, tornaba animoso a su puesto y Julia al suyo. Cuidar del criterio a ratos vacilante del anciano, supersaturado de lo anormal que a diario descubría en sus pensionistas, Crispo, apreciaba la influencia beneficiosa que sobre él, ejercía su hija, pero un último resabio de terca confianza en sí mismo, le impedía declararlo. Ella, por delicadeza, por respeto, tampoco le confiaba sus dudas.

—Alguna vez — pensaba — se lo diría. Alguna vez. Cuando sanara.

Porque en esta sazón, Julia enferma de cuidado guardaba cama. Era su segunda enfermedad en los tres años que llevaban en Villa Salud...

Vida distinta. Y qué distinta la vida de Villa Salud. Sus pensionistas, con los pobladores de la localidad, no tenían punto de similitud. Vivían bajo el mismo sol, pero en otro mundo:

—¿Sabes? Yo soy pez. Mejor, yo soy Jonás, el Profeta. Las veces que le pido a Jehová que de nuevo me envíe mi ballena. Por momentos, la quiero y a ratos, la odio. En ocasiones, siento por ella un amor indescriptible y, a veces, me pregunto por qué no le dí muerte. De haber sabido que ella no era mi posada definitiva; si acaso hubiera sospechado que al fin tendría que estar esperando largamente su nueva llegada, entonces—¡lo juro!—me arrepiento. ¡Sí! Porque, sabes, al alcance de mi mano estaba su destino. Un movimiento, un leve ademán y yo podía detener ese corazón que palpitaba muy cercano y que, como un motor, nos impulsaba a ambos a través de las profundidades del mar. Yo, no tenía armas; pero ello, no importaba. Tuve mil formas para acabar con ella. De allí, mi amor. De allí, mi tragedia.

Cuando volví al mundo terrestre, yo ya no era un hombre nacido de una mujer, sino de una ballena. Yo era su hijo. Ella me impregnó el amor al mar que hasta ahora no me fué dable recorrer por mis propios medios.

Hizo una pausa y agregó:

—¿Y qué puede intimidarme? ¿Respirar? ¡Si la respiración de ella, era la mía! ¿Comer? ¡Si su comida, era la mía! Me es tan familiar el acre sabor de la sal marina y el gusto salvaje del pescado crudo... ¡Oh! ¡Sí! Yo soy pez, pez. ¡Mira!:

Y Jonás, movía las aletas de su nariz, impeliendo un agua metafórica, en la persuación de que ella se le evadía por detrás de las orejas.

El otro, callaba. Con los brazos en cruz perpendicular al suelo, estaba como estilizado sobre la pequeña explanada donde permanecía horas y horas, hasta cansarse. Era de una flacura huesosa, superlativa. Había escuchado todo a su compañero en silencio y, al fin, se le antojó hablar:

—Quédate a mi sombra que será propicia. Sobre mis ramas, hará nido un pájaro. Hasta mi tronco, vendrá el mar y entonces tú, Jonás, te lanzarás a él. Con un nido yo, en el mar tú, al fin seremos los dos, lo que debemos ser.

Las palabras de su interlocutor, que hablaba por primera vez en tanto tiempo de vida en común, llamaron la atención de Jonás. Lo enfadaron. No se pudo contener y le preguntó con rabia:

—¿Y tú, quién eres?

—Yo soy un árbol.

Los dos, se quedaron mirando largo tiempo. Como locos. Cuando se recuperaron a la realidad, eran tres. ¿Cómo había llegado o de dónde había surgido? No lo sabían. Esa, era una de sus muchas particularidades. No era alto, ni bajo. Sus facciones, se diluían en la movilidad de sus músculos faciales de tal manera, que su rostro se apropiaba los rasgos que quería. En verdad, era un hombre extraño. Bien extraño. Donde él llegaba, de inmediato se paralizaba la conversación y hacía converger sobre sí todo el interés. El hombrecillo, miró a uno y a otro. Los dos bajaron la vista. Trataban de rehuir la influencia de aquellas pupilas impávidas de fría dureza. Hasta que los animó:

—Jonás, ven. ¡Mírame!

Jonás se acerca cautelosamente hasta que un ademán lo detuvo. Mirando las pupilas del hombrecillo permanece un rato. Al cabo de él, las facciones de Jonás se transfiguran. Sus labios, se entreabren con una fruición salvaje, estirándose, encogiéndose, al ritmo de las fosas de su nariz que aletean nerviosamente. Jonás, se eleva sobre sus pies; inclina el busto hacia adelante y sus brazos, abiertos, intentan unirse por las manos... La felicidad que irradia su lívido rostro, le hace cerrar los ojos y exclamar:

—El agua, el agua. ¡La ballena!

Y hubiera dado en tierra con su cuerpo, si el hombrecillo no lo soportara.

El otro, que fué testigo de la transfiguración de Jonás, le sacudió de un brazo para preguntarle:

—¿Qué viste Jonás?

De nuevo se interpone entre ambos el hombrecillo y llama esta vez al preguntón:

—¡Acércate, curioso!

La escena se repite. El hombre flaco se ve engrandecido y como estirado por una cuerda. Sus brazos se ramifican en veinte o treinta varas. De sus hombros emergen dos vástagos fuertes y allá, en lo alto, sobre la copa se siente zamarreado por el viento, tiene la sensación de un revoloteo... Es tal su maravillado deslumbramiento que grita:

—¡El pájaro, el pájaro!

Vuelto a los dos el hombrecillo, mientras restrega sus ojos, les increpa:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy pez.

—¿Quién eres tú?

—Yo soy árbol.

Cuando quisieron saber algo más, el extraño personaje no estaba. Pero ellos seguían "viendo" sus ojos:

★

—Agua... Pájaros...

Así de improviso, al profesor Crispo, una noche, le asaltó esta pregunta:

—¿Dónde estaría Julia?

Y la buscó. Entró en una habitación y en otra. Se allegó a la salita donde solía estar leyendo sentada al lado de la chimenea. Nada. La búsqueda se hizo entonces desesperada. Impresionante. Recorrió todas las plantas del edificio. Todas las habitaciones. Todas las dependencias. Finalmente, sudoroso y con los labios resecos por la ansiedad echó mano a un atado de llaves. Abrió una puerta y se introdujo por el vano. Ni por un momento pensó en que sólo él tenía llave de ese gabinete y que por lo tanto no podía encontrarse allí. Estaba a oscuras y dió luz. En el gran acuarium de vidrio, los peces mortificados por la súbita claridad, removieron las aguas con estrépito.

El profesor esparció su vista y se halló, a boca de jarro, con el hombrecillo. Y así, como antes había interrogado a las salas vacías, ahora, como si tanto montase, le preguntó al intruso:

—¿Y Julia? ¿Dónde está Julia?

Aquél respondió:

—Eleuterio dobló sus brazos por los codos. Ramón juntó sus manos y la vistió de blanco. En los cuatro ángulos de la cama, yo encendí una vela. Vd. de rodillas a la cabecera, lloraba desesperadamente, mientras afuera el reloj de la iglesia tocaba las dos...

E interrumpiéndose tañó:

—¡Tan, tan!

—¿Muerta? ¡Mentira!

Y aupándose en la punta de sus pies, le descargó muchos golpes al hombrecillo, que se alejó terriblemente tranquilo, musitando:

—¡Insensato!

Lo cierto era que la hija del profesor había muerto hace tiempo. El derrumbe físico de aquella mujer había precipitado el desmoronamiento espiritual del anciano que luego de atender a sus pensionistas se sentía horriblemente solo. Los primeros días posteriores al fallecimiento de su hija sus contusiones mentales no pasaban de hechos meramente históricos. Pero luego se le trasconejaron los propios episodios que había vivido. Y, a su manera, resucitó a la muerta.

No se notaba en Villa Salud ningún movimiento. Esto intrigó a los vecinos que estaban acostumbrados a ver de cuando en cuando a algunos de sus ocupantes. El vecindario empezó a temer; después a sospechar y, al fin hicieron la denuncia en la policía.

Una comisión de policías no tardó en llegar. Traspuso la puerta de entrada a la Villa y antes de penetrar al cuerpo del edificio, envolvió sus alrededores. Llegaron así a un jardín posterior. A treinta metros de donde se hallaba, en el hueco del follaje, se erguía un fantoche.

—Es un almácigo, se dijeron aquellos hombres de campo. Se adivina por el espantapájaros!

Realizado el reconocimiento, la mitad de la comisión penetra al edificio, mientras la otra mitad, se queda afuera, montando guardia. Soledad por todas partes. Nada de anormal, como no fuera esa misma soledad en la que debían hallarse el profesor y sus pensionistas. Y llegar al acuarium.

Inmenso en el agua con un leve movimiento de rotación sobre los pies, que no llegan al fondo, un hombre caracoleaba imperceptiblemente. Los ojos le llegaban hasta el borde mismo de los párpados, lo que permitía observarlos en toda su opaca y resbalosa redondez. Sobre la frente, hacia la nuca, a la cabeza le faltaba un mechón de pelo que flotaba disperso en la superficie líquida. Los labios, alargados en trompa, se cerraban sobre la lengua y de la comisura de aquéllos se destacaba sobre el agua, tiñéndola, un hilillo oscuro que tenía la evanescente trayectoria de una voluta de humo.

Si se miraban los ojos, daba miedo. Empavorecía. Si se reparaba en la boca — en esa boca que "sacaba" la lengua — daba risa. El todo, era una morisqueta trágica y repulsiva.

Detrás de la puerta, un policía notó un bulto, y, acercándose a él, lo palpó. Como desenvolviéndose el bulto se irguió y ante los ojos admirados de todos, apareció el hombrecillo. El tercer personaje.

La brusca irrupción en ese momento de los hombres que se habían quedado en el jardín, impidieron el inmediato interrogatorio. Dijo uno: — Comisario: el espantapájaros es un muerto y está comido por las alimañanas. ¡Venga y fíjese!

Todos abandonaron el gabinete, llevándose al hombrecillo. El cadáver estaba enterrado en el suelo, hasta la mitad de las piernas. Los brazos reposaban en las horquetas de dos árboles contiguos que eran enanos, y como en el acuarium, la atmósfera, era irrespirable.

La estupefacción de los policías llegó a su grado máximo. Por fin el comisario rompió el silencio dirigiéndose al hombrecillo:

—¿Y que dice usted? ¿Cómo es ésto y quién ahogó al otro?

—Yo, lo lancé al mar.

—¿Y usted mató y "plantó" a éste?

—También. Usted verá. Al principio, se doblaba; pero una vez que se enfrió todo fué bien. Ahí lo tiene, si no...

La confesión aterró a los testigos. No había en las palabras escuchadas cinismo ni jactancia. Era una voz lejana que decía no más. Que explicaba; que respondía. Y que luego, satisfecha la curiosidad, callaba hasta otra pregunta. Así, siempre.

—¿Y quién es usted, infame?

—¿Antes o ahora?

—Antes y ahora, replicó el comisario indignándose.

—Ahora, yo soy Nada. La Nada. Eso es. Antes, era el Destino.

Y por primera y última vez, fué explicativo. Locuaz, a su modo:

—Uno quería ser pez. El otro quería ser árbol. A los dos los puse en su elemento. Los "hice". Porque yo, era el Destino de los dos. ¡Eso!

Al profesor Crispo nunca lo pudieron encontrar. Alrededor de su fin, circulan muchas leyendas. Hoy, a los tantos años, cuando por la noche algún vecino se ve obligado a pasar frente a Villa Salud, haciendo de la fe y de la superstición una panacea eficaz contra el miedo, se persigna:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. ¡Cruz Diablo!

Y el beso sobre el pulgar suena en la oscuridad como un chirlo...





POR

Juan Romero

ILUSTRACION DE

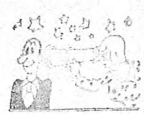
Juan Sorazábal

Museo de la Confusión

En una de las páginas de El Suplemento, del 18 de octubre, explicando las condiciones del personaje de una próxima crónica titulada La tragedia del hombre solo, de la que será responsable Augusto Mario Delfino, hallé lo siguiente:

"El nunca fué novio; no sabe lo que es compartir los sueños de una joven, buscar con ella las sombras que engendran la caricia, ser vigilado por una madre celosa, hacer pequeños regalos conmovedores. Jamás, en una esquina, esperó otra cosa que el tranvía..."

Situación bastante diferente a la de aquel joven enamorado que se gastaba las horas en Corrientes y Esmeralda aguardando el paso del subterráneo, esperando la llegada del Zeppelín, no perdiendo detalle del desfile de góndolas y piraguas, asombrándose de las lentas caravanas y de las literas ocupadas por insinuantes odaliscas para luego dirigirse sin dilación al cuarto más oscuro a engendrar caricias o a profundos y misteriosos sótanos a multiplicar mimos y brindar objetos conmovedores, siendo observado detalladamente por el catalejo incansable de la futura suegra. El fué novio.



En el libro poco manuable, bautizado Puñado de Agua, por su autora María Elena Muñoz, encontré varias festivas producciones, entre ellas una titulada Horizonte Marino, entre cuyas intermitencias dice:

¿Qué has hecho de mi parque?...
¿En dónde están
El derroche de luz y la irrupción
de pájaros?...
¿Dónde has dejado
La arboleda cantora, horizonte
marino?
Cobijado en la noche
Como un ladrón te has ido
Con tu carga preciosa.
Te coroné de estrellas
Te deslumbré de soles
Te entregué mis eclipses, etc.

¿Qué esperaba la poetisa de Agraciada 3721? ¿que el obsequiado se quedara esperando aún la ofrenda de círculos máximos, líneas imaginarias, puntos cardinales, efemérides y conjunciones?

★



En otro poema llamado Canto de los segadores, dice la bardesa:

Los segadores cantan
Con la mano en la hoz
¡Adoremos la espiga!

Sí, adoremos la espiga, pero no hasta el punto de meter la mano en la hoz, la cabeza en el arado y el tórax bajo el rastrillo.

★

La poetisa mete la lira nuevamente en Hermano Caminante, donde expresa:

Hermano Caminante,
Aquí están mis dos manos,
Tu silla está en mi mesa,
Y al claror de una estrella
partiremos el pan.

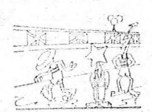
Lo único que a mi parecer podrán partir, si continúan con la mala costumbre de apilar sillas en la mesa, al claror de una estrella, para deglutir un pedazo de pan, será una columna vertebral, ciertos fémures temerarios y uno que otro cráneo. Lástima que María Elena no nos haya enterado si el tenedor se hallaba sobre la alfombra, los platos bajo la mesa, la servilleta colgada en la percha y los escarbadientes en el cielorraso, para darnos mayor idea sobre el desarrollo de esa cena.

★

En el poema Amaneceres, describe la musarela:

Rebaños bebiendo las aguas estremecidas
Donde acaban de bañarse los astros.

Costumbre mucho más higiénica esta que la observada por algunos mazdeístas acérrimos que tenían por norma calmar su sed en la bañadera donde acababa de zambullirse Zoroastro. Para evitar suspicacias declararé que no soy partidario de ninguno de los dos sistemas y que pocas veces he podido contemplar un astro en camiseta, satélites en paños menores o cometas con salida de baño a orillas del Maldonado, del balneario municipal o de otras concurridas piscinas.



En la segunda sección de un diario de Paraná, que para no ser confundido con un objeto cualquiera se titula El Diario, aparece con fecha 9 de octubre una crónica sobre Caracteres singulares de una época: 1880. Expresa el cronista:

¡Mama y Tata! La mesa a la oración. El rezo antes de la cena. La tarde que se muere perseguida por los balidos de los terneros que acaban de encerrarse y como sahumada por los aromas que vienen de la selva donde acaba de llover dulcemente, la lluvia que no se niega al hombre y al suelo en los días en que la abundancia es ley de premio que viene de lo alto, doblemente de lo alto, porque la brinda el cielo y la permite Dios; la paz que se cierne sobre los techos y con los corazones, la esperanza de que el trabajo es amable y la recompensa generosa.

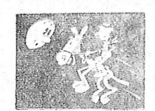
El trabajo sumamente amable aparte, claro está, de ciertas discordancias terneriles, casos aislados en que los gauchos eran embestidos por algunos bacarays y circunstancias algo anormales en que los reseros se veían en la obligación de refugiarse en los bretes para evitar ser arreados por una minoría selecta de Shorthorns, Aberdeen Angus y lecheras holandesas. La recompensa solía ser generosa: un temporal que duraba tres meses, que ponía los catres a flote, anegaba las vinchas, transformaba las guitarras en acuarios y el asado con cuero en un caldo gordo.

Continúa la ilustración:

¡Tata! Donde está usted con su zaino grande jamás montado por otro, sumiso a su rienda birolada de plata, amigo de no marchar de frente por antojo de largarse al sesgo en sobre paso, probado en las canchas, sobresaliente en la pulpería donde a veces había que alzar una baraja con la punta del facón para castigar una trampa, el mejor de una tropilla, cuya yegua madrina del cencerro argentino tenía un nombre y era señora del corral cuando punteando en el arreo volteaba cualquier palo mal puesto de la tranquera a medio abrir.

¡Mama! y ¡Tata!, la tradición, toda la tradición argentina en dos nombres.

El dominio del gaucho sobre el caballo era único. El paisano salía de madrugada en su flete en dirección al cottage, de Ñá Toribia y su medio de comunicación contra todas las reglas del deslizamiento comenzaba a avanzar a lo ancho, iniciaba luego un trote inglés en sentido transversal para terminar en un rápido galope en ascensión recta, que obligaba al dominador a sujetar la cabalgadura en la luna para reponer energías. En el juego, el gaucho sabía reprimir con inusitada energía la menor trampa efectuada. Descubría, por ejemplo, un as de bastos detrás de la oreja del contrincante



y sin dar tiempo a ninguna explicación, pelaba el arma blanca, hacía picadillo el naipe, se ensañaba con la sota de copas y boleaba el caballo de oros.

¡Papa! y ¡Nata! la erudición, toda la erudición del cronista en dos nombres.

★

POR

Anímula Vágula

Ilustraciones de Rodríguez

LA MADRINA RARA

POR

JAMES GREENWOOD

ILUSTRACION DE GUEVARA

★

Un hombre y su esposa se lamentaban, cierto día, de la desgracia de estar sujetos a la muerte.

—Yo quisiera hacerme amigo de la Muerte, en alguna forma — dijo el hombre — y entonces ella no me molestaría.

—Eso lo puedes conseguir fácilmente — replicó su esposa. — Invítala a que sea madrina de nuestro hijo, a quien bautizaremos la próxima semana; así podrás hablarle sobre la cuestión que te aflige y seguramente ella no te negará ese pequeño favor.

La Muerte recibió con agrado la invitación y acudió al bautismo. Terminada la fiesta, el hombre le dijo:

—Comadre Muerte: desde el momento en que hay tanta gente en el mundo, para elegir, espero que nunca vendrás por mí.

—Realmente, compadre — replicó la Muerte, — no puedo prometerte tal cosa, pues debo obedecer a lo que Dios me ordena. Sin embargo, haré lo que pueda y te aseguro que cuando llegue tu turno, te avisaré con una semana de anticipación, para que tengas tiempo de prepararte.

Pasaron varios años y por fin llegó la Muerte a la casa del hombre.

—Buenos noches, compadre — dijo. — Vengo a desempeñar una comisión ingrata. Tengo orden de llevarte la próxima semana.

—¡Oh, comadre! Has venido muy pronto. En ningún modo me conviene marchar ahora. Me va muy bien y seré rico dentro de poco tiempo. Estoy seguro de que podrás subsanar esto, llevando a otro en mi lugar.

—Lo siento — replicó la Muerte. — Es una orden de Dios y debo cumplirla. Nadie puede librarse de esta ley y son muy pocos los que reciben un aviso anticipado, como tú. De todos modos, trataré de hacer lo que me pides y si tengo éxito, no vendré la semana próxima; pero creo que no hay esperanza. Adiós.

Cuando llegó el día, el hombre estaba completamente aterrorizado, pues no esperaba salvarse. Entonces su esposa ideó un plan que se apresuraron ambos a llevar a cabo. Tenían un viejo sirviente negro, en la casa, que se ocupaba de las tareas de cocina. El amo cambió sus vestidos por los del negro y viceversa. Luego lo mandó fuera de la casa. En seguida ennegreció su cara y trató en lo posible de parecerse al sirviente.

Al anochecer llegó la Muerte.

—Buenos noches — dijo. — ¿Dónde está mi compadre? Tengo obligación de llevarlo conmigo.

—¡Oh! — dijo la señora. — El no esperaba que vinieras, y se ha ido a la aldea a resolver unos asuntos. Tardará en volver.

—Bueno, bueno — dijo la Muerte, fastidiada. — Esto me crea una situación bastante complicada. Nunca creí que mi compadre me jugara tan mala pasada, después de lo que hice por él. De todas maneras, tengo que llevar a alguno. ¿Qué otra persona hay en la casa?

La mujer se alarmó al oír esto, pues había confiado en que la Muerte partiera inmediatamente a la aldea en busca del compadre. Pero luego pensó que sería mejor proceder con diplomacia, y contestó:

—Hay solamente un negro, nuestro sirviente, que está preparando la cena. Quédese a cenar y probablemente mi marido estará de vuelta a esa hora.

—No puedo detenerme — replicó la Muerte. — Tengo que hacer un largo viaje y necesito forzosamente llevarme a alguien. Veamos si tu negro sirve. Y se dirigió a la cocina, en donde el falso sirviente fingía dedicar toda su atención al fuego.

—Bueno, ya que mi compadre no viene, tendré que llevarme al negro. — Diciendo ésto, la Muerte extendió su dedo y el hombre cayó muerto.

Esto demuestra que es en vano que un hombre se resista cuando llega su hora: la astucia de diez mil hombres astutos no bastaría para salvar a uno.



DANZA MACABRA

Fumban, en el corazón de Africa. Antiguamente, una doble cintura de trincheras defendía los alrededores de la ciudad. Los bamuns la habían cavado después de una expedición contraria llevada a cabo por los salvajes fulbés. Cuando éstos retornaron, se encontraron detenidos por el doble foso. Quizás, sin embargo, hubieran llegado a rendir a los bamuns por el hambre, porque los bamuns constituyen una tribu africana sin alma guerrera y no osaban hacer salidas.

Pero, en la ciudad, una mujer había comprendido el peligro. Se la vió aparecer al borde de una trinchera. En señal de desprecio, sin hacer caso de las flechas que llovían, se dió vuelta, mostrando al agresor lo que habitualmente llevaba cubierto por el taparrabo. Al mismo tiempo arengaba a los suyos, despertaba sus impulsos guerreros.

El acto de esta mujer corajudamente impúdica no fué realizado en vano. Los bamuns se echaron sobre los fulbés y los forzaron a huir.

N'joya es el sultán de Fumban. Un sultán con fortuna y poder reducidos, pero que continúa dando audiencias.

El personaje, por otra parte, vale la pena de que uno se moleste. Su padre habitaba una gran choza. El, sin planos, sin arquitectos, se ha hecho construir un palacio a la europea. Los bamuns no tenían escritura; N'joya ha inventado un alfabeto: ochenta letras, a las que ha agregado cifras, y los bamuns han recibido encantados la reforma.

Pero, no habiéndose agotado con esto su genio, ha querido tener una religión exclusiva. Los preceptos y las ceremonias los extrajo de religiosas ya existentes. Desgraciadamente, como se sabe, los pueblos son ingratos. El de N'joya ha rehusado este nuevo presente. Disgustado de trabajar tanto para tan poco resultado, el sultán de Fumban ha pensado: "Para eso me hago musulmán". Y ha intimado a los buenos bamuns para que hicieran lo mismo.

N'joya se nos apareció en el reposo de su jardín; atrás suyo la fachada de su palacio: una pesada construcción sin armonía, pero imponente, extraña, bajo la capa brillante y grisácea de resina que recubre los ladrillos.

Tiene un hermoso turbante, un amplio manto bordado y marcha delante nuestro. Entramos al palacio. Un vestíbulo que tiene todo el alto de la construcción, oficia de sala del trono. Este está enteramente bordado de perlas de esas de imitación.

Visiblemente el viejo N'joya está convencido de que posee una obra de arte. Treinta obreros han trabajado durante tres meses para fabricar el trono.

Pasamos a otra sala amueblada a la europea. N'joya, a nuestro pedido, evoca sus recuerdos. Cuando su padre murió, fué designado para sucederlo; no era el mayor de la familia, pues no tenía más que diez años. Los dignatarios que habían sostenido un rival, quisieron desembarazarse de él. En la choza donde vivía estalló un incendio. Sus servidores lo salvaron.

Antiguamente no era una suerte envidiable el ser sultán. Si a éste le nacía un nieto, era condenado a muerte. Para evitar toda discusión, se erigía una estatua de sal. Cuando las lluvias la disolvían, había llegado para el sultán el momento de morir. N'joya hizo desaparecer la estatua que lo representaba.

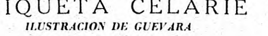
El sultán habla en voz baja, se queja de su autoridad disminuida. Se fueron ya los tiempos en que, habiéndose fugado cuarenta de sus mujeres, las hizo perseguir y matar; en que habiendo conspirado su tutor, lo cubrió de resina, le ató dos cartuchos a la cintura y lo hizo descender a un agujero lleno de paja encendida.

Estamos en la plaza. Va a tener lugar un simulacro de la partida de los guerreros, como se hacía antaño.

Al principio aparecen algunos al galope de sus cabalgaduras, marchando en grupos de cuatro. Sus lanzas arrojan fuertes reflejos. Alrededor de ellos, las mujeres y los niños forman un círculo. Después vienen los bailarines. Sus frentes están cubiertas de una máscara de madera, que les hace como dos cabezas de rostros de tinieblas igualmente misteriosos. Cada máscara es simbólica. Una representa la horca; tiene como brazos que llevan figurillas, representando los ahorcados, y a su lado, las aves carniceras que los devoran. Otras simulan cabezas de muerto, cabezas recias y sin embargo frágiles, que ríen de un modo repugnante. De pronto comienza la danza ,especie de agitación macabra y enloquecida, compuesta de pasos en memoria de los jefes que fueron muertos y de cantos salvajes. Solamente los bamuns tienen derecho a ejecutar esta danza de la muerte. Nos alejamos, mientras al sordo compás de los tam-tams, los negros siguen cantando:

"Dí, cautivo: ¿dónde está tu país? Tu país no está aquí. Cuando yo veo un cautivo, tengo que matarlo".

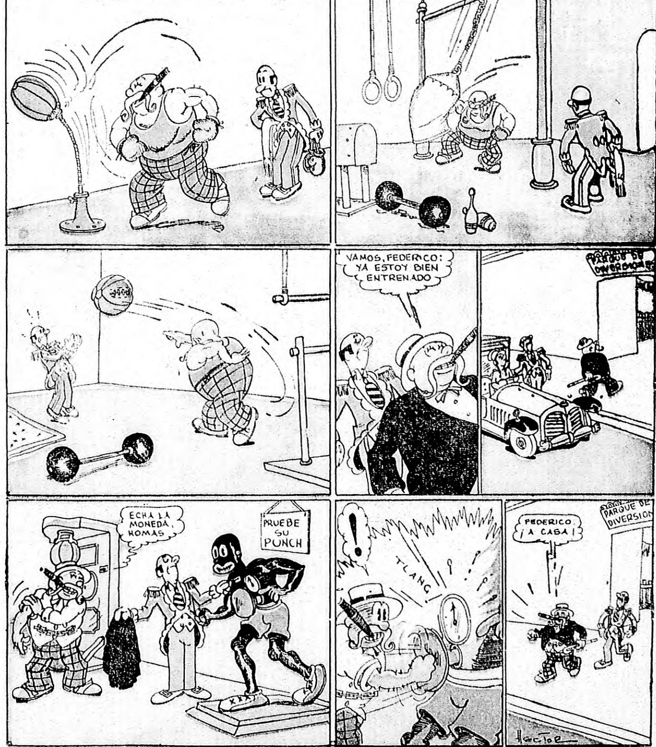
Cae la noche sobre Fumban. Y los tam-tams siguen su redoblar opaco y terrorífico.



ENRIQUETA CELARIE

ILUSTRACION DE GUEVARA

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



El Espantapájaros y la Melodía

PASEN a la otra pieza — dijo Alejo — allí está la mesita para experimentar.

Lentamente nos encaminamos. Hartos de mate, de discusión y de cigarrillos, nos venía bien un intervalo de reposo y de silencio, como le viene bien a un charlatán y fumador entrar en una iglesia y refrescar su cabeza al sacarse el sombrero y hacer descansar su garganta irritada de tanto humo y tanta charla.

Nos sentamos alrededor de la mesita, Juan y Rodolfo Valle, Román, Ricardo y Alejo. Este último se volvió a levantar para apagar la luz eléctrica y encender una lamparita a la que le graduó la mecha para que quedáramos en la penumbra.

La mesita era de las que solían y aún suelen usarse para las experiencias espiritistas. Más bien chica, con tres patas, ovalada, con unas tiras de papel pegadas en forma de triángulo que estaba circunscripto por el óvalo de los bordes. Cada lado del triángulo correspondía a un pie de la mesa y, en las cintas de papel estaba escrito el alfabeto distribuído en tres partes y numerado. De manera que los golpes que diera la mesita, para seguir la grafía de ultratumba, indicarían la letra correspondiente para formular con lentitud las respuestas.

No sin sonreirnos por incurrir en estas puerilidades, extendimos las manos sobre la mesita. Yo pensaba que esto era como una variante de los juegos de cartas... Pero parecía aún más frívolo entretenimiento. Nos mirábamos y sonreíamos, pues hacíamos todo esto, más que nada, por seguirle el tren a Alejo y un tanto a los hermanos Valle, quienes, lo mismo que él, eran entusiastas de esas cosas.

Colocábamos las manos rozando sólo con la yema de los dedos la superficie de la mesa, para demostrar tanto nuestra buena voluntad como "para facilitar el trabajo de los espíritus". Con eso ya se hace un no despreciable trabajo físico: el sostener el peso de los brazos en esa posición; se colabora con un esfuerzo, y, luego el mental de querer que las cosas se produzcan. Nuestra voluntad para comunicarnos con los muertos se advertía en las cejas juntas, indicio de concentración mental y, como garantía para inspirar confianza en el otro mundo, ofrecíamos nuestro silencio y seriedad. Bien se veía que no estábamos en una de esas reuniones espiritistas que son pretexto para "flirts" y disimulo de caricias.

Fuera de algunas ondulaciones o presiones causadas por nuestros brazos que se apoyaban involuntariamente y quizá, también, por la autosugestión de los creyentes, no conseguimos el menor resultado. Román y yo, cansados de nuestra posición de remeros forzados del espiritismo, volvimos a recuperar nuestros cómodos sillones donde nos envolvimos en verdaderas humaredas de tabaco.

—¡Qué lástima! — dijo Román.

—¿Qué?

—Es de sentir que las leyes físicas que rigen a ese mundo inmaterial de los espíritus les concedan el poder de producir efectos mecánicos y les veden utilizar la laringe y el aparato de fonación que, hoy por hoy, y hasta ahora, ofrecen el modo más decente de comunicarse... Prefiero a esa "tiptología" los gritos variados del hombre de la caverna.

—Román, lea los libros sobre espiritismo. Lo convencerán de que nada es imposible.

—Las "experiencias" de los "convencidos" no me interesan, aunque procedan de libros. Algo leí. Ningún análisis. Ningún examen serio y mucha moral. ¡Loable! ¡estimable! Pero... la Suprema Balanza, ¿aceptará como peso válido los obsequios que ya venían encintados de moral, que ya iban por eso mismo sobornando? ¿Cómo pueden tomarse en serio esos "peri-espíritus" que son y no son materia, algo más delgado que la película que rodea la semilla del maní? ¿Y ese rondar los úteros de las mujeres para ver de reencarnarse en el momento oportuno? ¿Y ese progreso que se consigue a costa de ir sacrificando la sensualidad, yendo a saltos por mundos de decreciente voracidad, ascendiendo en el escalafón, hasta jubilarse en planetas "celestes y divinos", donde habrá unos acordes, unos vuelos y unas luces, porque otra cosa no pueden "ingeniarse" seres tan purificados?

Alejo y los muchachos Valle volvían; traían un mensaje consolador. Parecía que un gran espíritu había consentido en comunicarse, con mucha confusión de letras más entreveradas que en un telegrama extranjero que va a ser "alargado" por los diarios. Decía la comunicación: "Tened fe y perseverad. El mundo espiritual está interesado por vosotros. Pronto recibiréis una sorpresa".

—Ya ve — le dije a Román — los que tuvieron éxito con los espíritus, fueron los creyentes.

Salimos de aquella casa que Alejo alquilaba en Buenos Aires, en el barrio poético de Belgrano.

Habíamos terminado nuestros exámenes. Román y yo, medicina. Los primeros cursos de la ciencia que aspira a curar el cuerpo. Los Valle, arquitectura, arte y ciencia que "tira" más hacia el alojamiento del cuerpo. Más adelante, cuando nos graduáramos nos dedicaríamos a curar y descubrir enfermedades, viejas y nuevas, curables e incurables, en los suntuosos establecimientos, hospitales y sanatorios que edificarían los hermanos Valle...

En fin... de algo hay que reírse. La vida es demasiado seria, y a veces, demasiado horrible. La mayoría de los hombres jóvenes pobres padecen mucho con el despertar de los deseos y apetitos y van encima de sus dos piernas, como a caballo, cruzando la ciudad de un lado a otro, llenos de ansias formidables. ¡Lo que camina un estudiante! Necesita andar porque así parece que se acerca y va a atrapar las cosas que precisa. ¡Tiene tanta penuria y aflicción! Le falta goce, le falta amor, le falta dinero y hasta tabaco. No tiene más que el Futuro. La Nada. El... ¡cuando me reciba! Entre tanto lee y lee, materias áridas, hasta que le entra un deseo enorme de estirar las piernas. Entonces camina y mira, mira mujeres que lo adivinan demasiado joven y necesitado.

Recorríamos ciertos días muchas partes y lugares donde la diversión y el placer tendrían que haber sido grandiosos de ponerse como digno premio a nuestras caminatas.

¿Y los exámenes? ¿Qué me dicen de esta exhibición de desnudeces mentales frente a una "mesa" cínicamente sabihonda? ¿Cuándo acabará este sistema bárbaro, cruel y absurdo de comprobar el saber?... Hasta el más estudioso e inteligente se retira avergonzado de esa violación...

Ese día, Román y yo, nos paseábamos lentamente y con desgano, pensando en lo bien que nos vendría un poco de vida de animal libre o, cuando menos, ir a vestirnos de aire y de agua en alguna playa... cuando de golpe nos topamos con Alejo.

¡Viejo muchacho bueno y generoso, Alejo! Le gusta abrazar, palmear las espaldas y reírse con bondad y sin malevolencia. ¿Qué tal, qué tal? ¿Les fué bien? Sí, tenía que ser. Bien. ¿Vamos a tomar algo?... Ya en el café, frente a las copas, hablamos.

—Vénganse conmigo, muchachos a pasar una temporada este verano en mi chacra de Luján. Inviten también a Juan y Rodolfo Valle que son íntimos. Va a estar alegre toda la muchachada. ¡Eh! Yo parto pasado mañana. Avísenme. Tengo piezas para alojarlos a todos. Con confianza, avísenme si van a ir, así hablo para que preparen algo.

Yo recordé las mesas espiritistas y pensé: bueno, por tanta bondad, bien se puede alguna vez, de cuando en cuando, ser comensal en una mesa donde no haya vasos, ni viandas, ni siquiera barajas, y sí puros y aburridos fantasmas.

—¡Cómo no, Alejo, cómo no! — dije. — ¡Con mucho gusto! Nos viene "de perilla". Román también asintió y le di las gracias.

—Bueno, quedamos en tomar juntos el tren pasado mañana, y avisen ustedes a los Valle.. — Nuevas palmadas en la espalda, nuevos y férreos apretones de manos...

—¡Hasta pasado mañana, Alejo!

No es muy largo el viaje a Luján, ruta de peregrinos. Nuestras madres algo preocupadas cuando nos vieron embalar algunas ligeras armas de caza y cartuchos, nos exhortaron para que no fuéramos a "hacer locuras". Pero cuando oyeron "Luján", se tranquilizaron. Ibamos a una tierra santificada, donde la desgracia es más rara que en otras partes. Deberían de hacerse estadísticas comparativas. Para nosotros, que no habíamos salido de la ciudad hacía algo más de dos años, ese cambio y viaje aunque corto, representaba mucho. ¿En qué, en placer? ¡Sí, mucho! En placer y en otras cosas, en higiene, por ejemplo. Me reía interiormente pensando en la opinión de un amigo, ya maduro, con respecto a viajes más largos que éste, por supuesto, a verdaderos viajes: "Lo mejor del viaje es el arreglo de las cosas en las maletas, antes de partir, y después el recuerdo luego de regresar: el placer puro. ¡Lástima que uno no pueda proporcionarse ese placer sin viajar!".

¡Ah, viejo diablo, puro desengaño!

Llegamos a Luján un luminoso día, "glorious day", como dicen los ingleses. Siempre la gloria representada con esplendores lumínicos y color. Yo me la representa más bien con luna, con blancos brazos abandonados, con rodillas que se doblan. Me gusta una gloria más íntima y menos enérgica que la que suministra el padre de la germinación y de los sudores: el Sol.

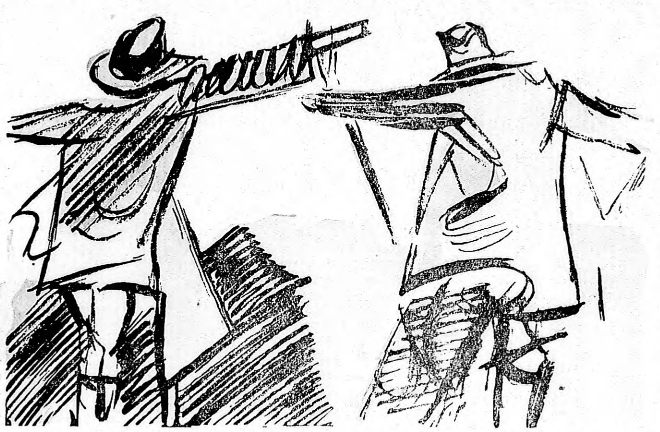


—Suban, muchachos — dijo Alejo, abriendo la puerta del Ford. — En media hora llegamos. Nos espera un asadito "que no te digo niente". Subimos los cinco. Un hambre rara, que no era de Buenos Aires, ni de cerca de la Facultad de Medicina, empezó a hacerme comprender que la gloria podía consistir también en cortar tiras de asado jugoso.

A poco trecho, después de dar vuelta el último recodo del camino, estaba la casa y el campo de Alejo.

Arboles, sombras, verdor, frescura, aromas de yerbas... antídotos de la vida de ciudad!

—Alejo, dígame, ¿está siempre en su casa el "linyera" Félix?



—El espanta-pájaros? Sí, como no. — Alejo se sonrió y dijo después:

—Me dijeron por teléfono que se había enfermado hacía poco, de algún cuidado. ¡Pobre! No quise decir nada para que fuera más agradable el arribo.

¡Oh! yo recordaba muy bien al "linyera Félix". Lo había conocido en mi anterior permanencia en "La Rosa", que así se llamaba la chacra de Alejo, hacía algo más de dos años. Era un tipo curioso. Su vida en esta casa era una consecuencia de la ilustre bondad de Alejo. El "linyera" había sido su condiscípulo. Lo estimaba mucho y lo compadecía. Nunca se arrepintió de la decisión que había tomado de tenerlo en su casa sin fijar límite a la hospitalidad y sin exigirle retribución alguna. Si quería trabajar, trabajaba, y si no, no.

Recordé que antaño, el que recorría el campo, algunas veces, se encontraba en chacras y estancias con un hombre enigmático en un rincón, y que no tenía una función bien definida en la casa. Cuando se preguntaba por ese hombre, solían responder: "es la visita". Eran visitas que duraban a veces dos, tres, cinco años. ¡Liberalidad de otros tiempos, generosidad y nobleza cada vez más raras!

El "linyera Félix" era un hombre de una flacura inverosímil. Andaba vestido con ropas muy viejas y de un modo estrafalario. Sacos enormes y rotos. Sombreros de paja con las alas quebradas y llenos de yerbas secas. Aunque le dieran ropa en buen estado no se la ponía. Parecía un hombre acabado y con trastornos mentales. Era, sin embargo, inteligente y sensible. Su vida había sido muy trabajada, muy penosa. Había andado por Europa y, después de volver en un barco de inmigrantes, no se sabe qué vicisitudes y qué derrotas lo llevaron a una vida de vagabundo.

La primera vez que fué a "La Rosa" no me habían dicho ni una palabra del "linyera". Nos dirigíamos con Alejo a las habitaciones y antes de llegar a "las casas" reparé en un pequeño espacio sembrado de verduras.

—¿Dan resultado los espanta-pájaros? — pregunté al divisar dos de ellos de espaldas, como cadáveres desenterrados y secos que aun conservaran sus coyunturas; más propios para asustar a los hombres que a los pájaros.

—El espanta-pájaros, querrás decir, porque el otro es el linyera Félix, y se rió.

Era extraordinario de ver ese hombre flaquísimo, inmóvil en un ademán extático con un brazo flexionado y el otro brazo esquelético estirado lateralmente; el enorme saco con agujeros por los que se veían pedazos de cielo y el sombrero quebrado y con briznas de paja. Desde aquel día le quedó de mote "el Espanta-pájaros".

Lo interrogamos. Hablaba confusamente, de un amor, de un amor que no se entendía. Parecía más desgracia que gloria. Llevaba un disco de fonógrafo quebrado en dos fragmentos del que nunca se desprendía. Aunque Alejo tenía un fonógrafo viejo, nunca consintió Félix en probar el disco, al que por otra parte hubiera sido necesario pegarlo antes con mastic u otra sustancia. Decía que era la voz de la mujer que amó lo que llevaba como recuerdo. Que las voces grabadas se velan en los discos cuando muere la persona a quien pertenecen... Nunca quiso probar el disco porque no se animaba.

—¿Nunca lo pierde? — pregunté.

—Una vez que me caí en un pozo disimulado por el yuyo, estuve dos días gritando hasta que me sacaron. Lo primero que hice fué arrojar el disco, arriba, al aire. Después lo recogí y lo guardé.

Aquí está, y se golpeaba el pecho.

Los asados de Alejo, los mates, las frutas, el vino, todo fué de una singular fruición. En el placer sensual de comer, respirar, beber y movernos, nos pasamos unos días sin pensar en nada. Todo era bueno, aun lo más grosero, después del estrago de Buenos Aires.

No se sabe nunca por qué rutas sutiles y ocultas cae uno de nuevo en el espiritismo luego de haberlo olvidado; pero siempre sucede esto cuando hay cerca espiritistas entusiastas y frenéticos. Entre nosotros, la práctica de estas cosas siempre era precedida de un período de discusiones. Las mayores dudas, dificultades y refutaciones no hacen mella por lo general en los espiritistas que siguen impertérritos. Siempre les toca estar en su período demostrativo, experimental.

Como nosotros éramos muy jóvenes, no sabíamos que no todo debe discutirse, y que no se debe golpear donde hay goma o melaza que a uno se le pegue.

Una noche la discusión se encendió. Hablaban Juan y Rodolfo Valle de las bellezas de la ascensión por esa especie de escala de Jacob, que es el premio del progreso moral espiritista, la ascensión a mundos desconocidos, cada vez más resplandecientes y más puros.

Yo dije que, siendo esta elevación muy grande o infinita, el número de recaídas en la carne tenía que ser a la fuerza extraordinariamente frecuente y que siendo los nombres, la anatomía, y aun las disposiciones que parecen más originales y personales, nada frente a la idea, al ser, a lo perdurable, en definitiva, quien se iba a sentar en el trono era "El Espíritu", y, por consiguiente, llamar y evocar por nombres era superstición deplorable y lo mismo que decir: Llamo a A que es B, que es C, D. E. N. igual a 1; es decir: llamo al "Espíritu".

Entró el negrito Damián, criado de Alejo, con un mate en cada mano, a repartirnos el líquido verde que apacigua y sazona tanto las discusiones.

Román, que se estaba haciendo poeta, dijo:

—Los espíritus cumplen preceptos y horarios para obtener ascensos. Todo esto me recuerda la vida y costumbres de escolares en la enseñanza primaria, secundaria y aun universitaria, donde son más importantes que el estudio, los exámenes, premios y diplomas. Todo esto es pesadez, oficina, maitines. Si es forzoso creer en algo, se debería creer en cosas verdaderamente espirituales. Por mi parte, no creo en la felicidad que no trate de absolverse de todos los pecados: tiempo, espacio, fuerza, inercia, causa, etc.... Pero si no se puede prescindir del tiempo y del espacio, claro es que habría que buscarse lo más leve que pueda sostenerse, y para ello fuerza es abandonar lo pesado. . ¡Ah! si uno pudiera vivir entre una cuerda y un dedo, entre un pincel y la tela y escurrirse sonando o reflejando... desde estos artefactos de Dios, sin preocuparse de que El sufra; para que no se pierdan el gusto y la expresión... Pero veo que estoy disparatando...

Los hermanos Valle decían que hay que experimentar y no discutir; pero con placer cedían a hablar de la sensualidad espiritista, que pone los ojos en blanco a los adeptos: "los mundos celestes y divinos", el acorde de las esferas". Hablaban con seriedad de eso, ¡ellos que no conocían nada de la música terrestre! ¡ellos que no conocían más que el Himno Nacional y algunos tangos!

En eso entró Alejo. Venía de disponer algunas cosas. Se sirvió un mate que chupó con ansia, hasta que se oyó un ruido de sorbimiento final, bien fuerte. Luego dijo:

Muchachos, tengo que irme de nuevo a Buenos Aires, pero vuelvo pronto. Quizás venga con un "medium" muy bueno que conocí en una sociedad y que se ha hecho amigo mío. Ya estuvo una vez en casa y conoce al "linyera" Félix. El pobre "Espanta-pájaros" parece que no va bien. Mírenlo, obsérvenlo ustedes que saben. Yo me voy a dormir para ir mañana temprano y volver a la tarde o al día siguiente.

Volvió dos días después acompañado de un hombre raro. Tenía algo de curandero y algo de Mefistófeles de Music-Hall. A mí me parecía recordar haberlo visto en algún teatrito de las calles 25 de Mayo o Paseo de Julio. Pero no podía asegurar nada. El hombre tenía o afectaba una dignidad y reserva grandes. Era "profesor y "medium" de alto vuelo". Se hacía llamar Spruce.

Pensé que las reuniones espiritistas se repetirían, pero que ya había quien cargara con las bromas.

En cuanto volvió Alejo, preguntó por el "linyera". Le informaron que seguía peor. La enfermedad de Félix era oscura, pero positivamente se moría. Con lentitud y cediendo paso a paso, como buen trabajador resistente que había sido, pero se moría.

No sé si habrán observado que la proximidad tiene bastante parte en la impresión que nos causan la agonía y la muerte. Lloran las campanas el eterno ceder de las vidas, la perenne derrota. Nos anuncian desde lejos otra caída, otra horizontalidad. Recibimos la noticia de que alguien está grave, pero alejado: es algo casi informativo a lo que se hace poco caso. Pero si el que muere está cerca, a pocos metros, nos sentimos inquietos, aunque la persona no sea de nuestra afección profunda. Podemos pensar en todo momento en la muerte, pero nos disgusta que sus muecas, su olor, su indumentaria, se nos hagan íntimos. No es cobardía, no es temor, no es egoísmo que tiemble, esto sería demasiado trivial. No sé qué será, pero si se me permite, y aun a riesgo de provocar las risas más francas, diré que por mí pasa, en circunstancias semejantes, entre otros sentimientos oscuros, uno de vergüenza.

. . . .

A la tarde, Alejo nos dijo que, si gustábamos, podíamos hacer una sesión espiritista esa misma noche, con asistencia del "medium" Spruce, pues éste tenía que regresar pronto a Buenos Aires.

Los médicos habían dicho que el "linyera Félix" estaba en gravísimo estado y que no había nada que hacer.

—Quizás, añadió, una sesión espiritista podría ser beneficiosa a él o a nosotros...

Román y yo sonreímos. Bueno, ¡esa noche haríamos una reunión fuerte!, que era como decir que íbamos a poner los cables de alta tensión.

Mandamos un "chasque" avisando a los hermanos Valle que se encontraban de visita en una casa a más de dos leguas de distancia. Comimos con sobriedad y continuamos con una larga sobremesa, esperando a los hermanos y bebiendo abundante café: infusión es ésta más peligrosa y sensibilizadora de lo que se cree generalmente, sobre todo cuando se abusa.

Poco después de la una de la mañana nos sentamos todos los muchachos, Alejo y el "medium" Spruce, alrededor de una mesa que estaba en el cuarto que daba al jardín.

Todo se encontraba en la penumbra. Frente a mí y a Román había un antiguo ropero que tenía un espejo ovalado. Este mueble estaba puesto mirando a la hilera de piezas. Las puertas todas estaban abiertas de par en par porque la noche era calurosa. El ojo sin párpado del espejo miraba las cosas impasible, con esa indiferencia de ojo sin retina que no necesita guardar imágenes en el interior del mueble. Ojo que parece decirnos: ¡Oh! ¡lo que yo miro no es sospechoso de "subjetivismo"!

Después de un rato bastante largo de estar con las manos sobre la mesa, Spruce se retiró a alguna distancia y se volvió a sentar, quedándose en una especie de concentración o ensimismamiento.

Román dijo que, de acuerdo con el "medium", que ya había aceptado la idea, quería hacer una experiencia singular: evocar el espíritu de "Félix el linyera", que estaba por morir y que actualmente se encontraba en un coma. Juan y Rodolfo Valle dijeron que no les parecían bien esos juegos, pero se adivinaba en sus semblantes que estaban visiblemente interesados por la novedad de la proposición. Juan dijo si no sería algo parecido a una crueldad o a un crimen llamar el alma del agonizante.

—No creo, dijo el otro. Sólo Dios puede desatar las almas de los cuerpos. Román dijo:

—¿No dice Allan Kardec, en el "Libro de los Espíritus" que "la separación definitiva del alma y del cuerpo puede efectuarse a veces antes de que cese la vida orgánica, y que a veces también el espíritu se complace en presentarse en el [illegible] la muerte corporal a la persona que estima". Por mi parte, creo que si algún resultado se puede conseguir, serían más favorables estos momentos que ningunos otros para obtener efectos anímicos [illegible]tes. ¿Por qué no podría presentarse ese espíritu, [illegible] Alejo, a quien tanto estimó?

Alejo estaba apenado y nada decía.

—Propondría también, continuó Román, que se pusiera el [illegible] de fonógrafo con la voz de esa amante ignota; esto ayudaría quizás. El disco roto lo pego yo mismo con dos broches y [illegible].

Nadie le contradecía; pero a todos les parecía [illegible] algo sensacional y prohibido.

Román fué, trajo el aparato y le dió cuerda. Luego [illegible] puntillas al cuarto del enfermo. Volvió al poco rato y [illegible] lo había encontrado en un confuso delirio y que le [illegible] podía durar mucho. El pulso se le iba haciendo rápido, [illegible]nía intermitencias peligrosas. Ahora venía con el [illegible] de la cama a Félix, sin que se diera cuenta.

Rodolfo dijo que invocáramos incesantemente [illegible] espíritu para aprovechar el momento mismo [illegible]. El "medium" había entrado "en trance" y se le [illegible].

Yo, con las manos descansando en la [illegible] fijamente. Sentía como un peso en los [illegible] "rêverie" me poseyó. Veía a Félix entrar [illegible] "nada", como la entrada al [illegible] espíritu, uno sólo auténtico, uno muy antiguo, más que Pitágoras que enseñaba la transmigración de las almas, ese espíritu debería presentarse en la forma de una multitud, por causa de todas las carnes sucesivas que ha recorrido, y, esa multitud, fermentada de recuerdos, rompería quizá la resistencia del azogue y del vidrio, o se escaparía por los ángulos, y al invadir la pieza, nos ahogaría con su afán de vida...

En eso ví en el espejo al Espanta-pájaros que pasaba como un estandarte hecho jirones y derrotado. En su rostro había sufrimiento y ansia. No sé si los otros lo vieron. Los hermanos Valle se levantaron. Estaban pálidos y salieron al balcón que daba al jardín, a decir una oración.

"Dios todopoderoso y misericordioso, aquí tenéis un alma que deja su envoltura terrestre para volver al mundo de los Espíritus. Que pueda entrar allí en paz y se encuentre con los espíritus buenos...

El disco de fonógrafo sonaba, pero no se oía nada casi: era como un camino con muchos baches. Se oía apenas, palabras aisladas, y una melodía antigua entrecortada.

—Yo... amaba... amor... estrellas... eternas solas..., firmes... cielo... palpitan... Alejo, que se había ido, volvía. Decía que Félix, venciendo el sopor, nos llamaba. Pedía que le tocaran el disco junto a la cama.

—Pero si no se oye nada, dije yo.

Fuimos, sin embargo, con el aparato y lo pusimos en una mesa de noche junto a la cama. Trás de nosotros venía Spruce.

—No se oye, repetí yo.

—Póngalo que se va a oír, dijo Spruce.

Yo miré a Félix y me pareció que su vida se iba lo mismo que un pequeño torbellino de agua que se hiende al centro y empieza a girar. El agua se estremece en el más angosto círculo, en el más apretado, antes de ser absorbida. Estertora, no quiere ser agua de tinieblas.

Milagrosamente el fonógrafo se puso a sonar, bien alto y continuado, la antigua melodía. La letra ingenua, decía:

Yo te amaba, sí, sí, con un gran amor.
Las estrellas en el cielo están
Ellas que son eternas, ellas solas son firmes,
con ellas te mira mi pena que es
¡un cielo nocturno!
¡Vuelve a ver "mis estrellas" que palpitan,
como antes que te fueras!...

—Voy, voy, dijo el "linyera Félix". ¡Pronto! ¡Pronto! Se dió vuelta y expiró.

★

Meses después, las estrecheces y dificultades de la vida me habían llevado al Paseo de Julio, para vivir más barato. Iba caminando tristemente y pensaba en el dicho de Román: ¡Ah! ser alguien que viviera como sería de desear vivir: entre una cuerda y el dedo y revolotear; entre el pincel y la tela, y escaparse reflejando... De pronto me encontré con Spruce. Le dije que ya había notado que él era buen ventrílocuo y que también sabía trasplantar los espanta-pájaros cuando la buena estación comienza. Me miró con gravedad, luego sonrió.

—Oh, no hay nada de malo en lo bueno, dijo.

Cuando lo dejé, me decía a mí mismo, que al fin era bueno quien sofisticaba, pero regalaba ilusiones.

El pesimismo y la soledad me decían: "Puede haber alguien que haya pasado una temporada muy larga sin conocer la ternura, una "temporada" que se extienda de la cuna al sepulcro. Alguien a quien haya tocado el Infierno-Soledad. Si éste fué Félix, a la salida tuvo siquiera una melodía y palabras de amor. ¿A la salida? Quien sabe! ¿Por qué no creer que fué a la "entrada" el encanto, el entrevero de ensueño y encanto que borra la pesadumbre de la Vida Inmortal?





La Penosa Obsesión



LUISITA Roquez tenía suerte. Desde el año 1929, no había quedado un mes sin trabajo, y de todas las compañeras que entraron a la fábrica ese año, sólo ella y Norma Garel seguían allí. Es cierto que eran cumplidoras. Luisita se levantaba a las seis todas las mañanas: prendía el fuego, tomaba unos mates y lo dejaba preparado para su padre. Algunas veces también tenía que secar con la plancha las medias que había lavado por la noche.

Ese sábado por primera vez trabajarían medio día; ella había oído decir que el gobierno "lo mandaba" y cuando oía criticarlo — políticamente — ella lo defendía diciendo: "muy bueno que es, nos dió el sábado inglés".

¡Esa tarde, le gustó tánto estar en su casa!... Sacó al patio todo lo que había en la pieza; lavó el piso y las puertas, luego planchó una ropa que había dejado tendida su madre y se puso a remendar unas medias.

A pesar de todo lo que hacía, no podía quitarse de la cabeza lo que el capataz le había dicho al salir.

Y ese "adelanto" significaba mayor salario y esto quería decir a su vez, un poco más de leche para el desayuno. Así ,alcanzaría a todos y alguna otra cosa más.

Sentía dentro de sí, una impresión rara cuando su madre servía el café y repartía la leche por edad: a los más chicos, más leche que café, a los medianos — entre ellos estaba ella — más café que leche, y a los mayores, café negro o mate.

La comida tenía también sus cantidades y calidades, si había puchero — vale decir, carne y papas, alguna zanahoria y a veces porotos — se procedía como en el desayuno: poca carne y más papas a los chicos, carne y menos papas a los otros y carne con rastros de papas a los grandes. Así se iban criando. Pero, a pesar de la costumbre, Luisita sufría por la distribución sistemática que era necesaria al servirlos. Su madre lo hacía con toda naturalidad y todos recibían su porción de la misma manera.

Otra cosa que le dolía, era el "pase" de los vestidos y de la ropa, por eso decía: "¡Que mi mamá me arregle sus ropas, me gusta; pero que el vestidito que yo uso, el año que viene sea para mi hermanita, no me gusta!"... "¡Veo tántos vestidos para ella en las vidrieras de Blandengues!..."

Sentía lo mismo cuando se trataba de sus hermanos menores. El mayor ganaba algo — era repartidor del panadero de la vuelta de su casa — y podía comprarse unas zapatillas o un traje, que después pasaba a los chicos. No sufría porque no tenía con qué comprar, sino que esa cosa fatal de recibir siempre uno lo usado...

Esa tarde, cuando estaba zurciendo las medias, vió llegar a su hermano con unos papeles en la mano y le preguntó:

—¿De dónde venís?

—Del canto.

—¡Del canto! ¿Vas a ser profesor?...

—No, Luisita. Dominicci (era su patrón) me llevó a la parroquia para la misa.

—¡Ah! ¿Y te gusta? ¡Te van a embromar los muchachos con los curas!

Ella conocía el "coro". Por la noche ensayaban en el colegio y, ¡cosa curiosa!, mientras cosía escuchaba los cantos y no podía imaginar que uno fuera el panadero, que otro era el carnicero y que también cantaba el sastre y una punta de muchachos como Juan. Así decía: "Los oigo y me parece que son otros hombres,



¿Porqué? Luisita sabía qué la ponía triste y qué le daba alegría y vagamente se formulaba un porqué.

Ese día en que se levantó del cine y que le dijeron tantas cosas las compañeras, ella explicaba sencillamente: "no podía divertirme al ver sufrir a esa pobre mujer".

Le sorprendía a veces que no les pasara a otros lo que le sucedía a ella, pero era sincera y no aguantaba una cosa que no le gustara por seguir a las demás.

Con Norma Garel congeniaba; tenían la misma edad, 17 años, y se tenían el mismo cariño. Se habían criado en el barrio del puente; siguieron los grados juntas y entraron el mismo día a la fábrica.

Si Luisita recibía algún regalo, se lo daba a Norma, y si el regalo había sido para Norma, se lo llevaba a Luisita. Esta, el año pasado para el santo de su amiga, no tenía nada para regalarle, y durante cuatro meses los domingos tempranito baldeaba los patios de algunas vecinas por unas monedas, así juntó unos pesos y le regaló una caja grande de bombones — con galones dorados y una cinta colorada — que compró en la confitería de la estación.

Una vez que comieron, lavó los platos y la cocina; se fué a lo de Norma, pues necesitaba confiarle la propuesta del capataz. Tenía una inquietud que no sabía explicarse.

Le contó todo a su amiga y ésta le dijo:

—A ese viejo hay que tenerle miedo. ¿Qué tiene que llamarte él y darte la contestación esta noche? ¿Por qué no espera al lunes y te lo dice en la fábrica?

—El "viejo" no era tan viejo... sería un hombre de unos cuarenta años, gastado y brutote; las obreras preferían creer que no estaba presente, ni lo miraban.

Ese día llamó a Luisita y le dijo: "Voy a decirle al patrón que te dé otro puesto; estás grande y linda para seguir de "urdidora", hay que progresar, en "tejedoras" hay vacante".

Más que la proposición le sorprendió el "tono" con que lo había dicho, aunque la conocía desde chica y la trataba familiarmente.

Sin embargo, no podía dejar de alegrarse y ya hacía proyectos con el aumento de salario, pero se desvanecía pronto su contento porque sentía un malestar al recordar la voz y los ojos del capataz.

No quiso decir nada en su casa hasta no hablar con su amiga y Norma no la alentaba, al contrario, confirmaba su mala impresión.

Recordaron el primer día que fueron a la fábrica, ahora se reían, porque entonces el corazón les latía fuerte y Luisita dijo: "Lo mismo que el día de mi primera comunión".

—¿Te acordás cuando nos pagaron la primera semana? — decía Norma.

—Yo le dí los $ 3.60 a mi mamá y élla me dijo que me guardara los sesenta.

—Y yo, me compré un corte para un vestidito, ¡de linón!

—Yo me creía tan grande, que cuando entré a [illegible] se me acabó la alegría, porque mi papá no se dió por enterado y mi mamá me besó.

Para Luisita ese beso de su madre significaba mucho, porque ella era muy tierna y su pobre madre sí era cariñosa cuando eran pequeños casi podría decirse, que al despertarlos concluían los mimos también; la vida era muy dura y la ternura no tenía tiempo!...

Su padre la retaba siempre porque cuando él mandaba a Rosita (su hermana de 8 años) al almacén, ella dejaba lo que estaba haciendo y corría a buscar lo que pedía: no podía soportar que la chica lo hiciera.

Así fueron los insultos que recibió esa tarde cuando mandó buscar un sifón. Rosita fué a pedirle los diez centavos y ella le dijo: "esperate que voy".

Demoró, pues tuvo que ponerse unas zapatillas limpias y cuando salieron, el padre estaba en la puerta y le gritó: "la estás enseñando para señorita, ¡no se va a ensuciar por traerme un sifón!..."

Las dos chicas se apretaron las manos y Rosita dijo: "élla no quiere que vaya sola", con los ojos llenos de lágrimas.

Luisita miró a su padre y sin decirle una palabra siguió hasta el almacén.

Ella se decía para serenarse: "es porque está sin trabajo y se enoja", porque le indignaba que hablara de esa manera delante de la chica y como le decía a Norma: "siento como si me apretaran por dentro y me sube una cosa negra a los ojos".

—¿Arreglastes para mañana?

—Y..., no sé si Antonio viene, el domingo pasado me dijo que quería decirle algo a mi mamá pero, no le dijo nada y a las diez se fué con Juan a la cancha de bochas.

—¡Qué cosa, Luisita! Vos hablás de Antonio como si no te importara nada.

—¡Cómo no me va a importar, si ya hacen tres meses que nos hablamos!

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué? Me casaré cuando él pueda, yo no tengo apuro.

—Ché, vamos a la vía a ver si llegan; a mí me gusta el amigo.

Norma sacó un peine, le arregló la melena a Luisita, luego se puso polvos mirándose al espejo y se reía porque estaba roto y tenía que mirarse a pedazos.

—Cuando pasemos por casa te doy uno, tengo dos con el que me saqué en la rifa del colegio.

Iban caminando hacia "las barreras" y se cruzaron con el capataz y lo saludaron, pero las chicas se hacían las apuradas y hablaban precipitadamente, como si fueran muy interesadas en lo que se decían, para no darle tiempo a que las llamara.

—¡Nos libramos! — dijeron las dos al mismo tiempo, con un suspiro de alivio.

—Ahí vienen los muchachos — dijo Norma, y se pararon a la sombra de un farol.

—No sabía si venías, Antonio.

—¿Porqué?

—Porque ayer, cuando salía de la tienda, me dijo Francisco que vos trabajabas.

—¿Y en qué se mete Francisco? ¡Si quiere novia que se la busque!

Se tomaron del brazo y empezaron a caminar, siguiéndose una pareja a la otra...

Pasó el tren para Rosario: el reloj que no se para, y se separaron.

Norma abrazó con vehemencia a Luisita y le dijo: "Yo también me caso".

—Yo no hablo más con Antonio.

—¿Qué decís? ¿Porqué?

—Porque le conté lo que me había pasado con mi papá y...

—¿Qué te dijo?

—Que era un viejo haragán, que si quería sirvientas se las pagara y que yo era una sonsa en llevarle el apunte.

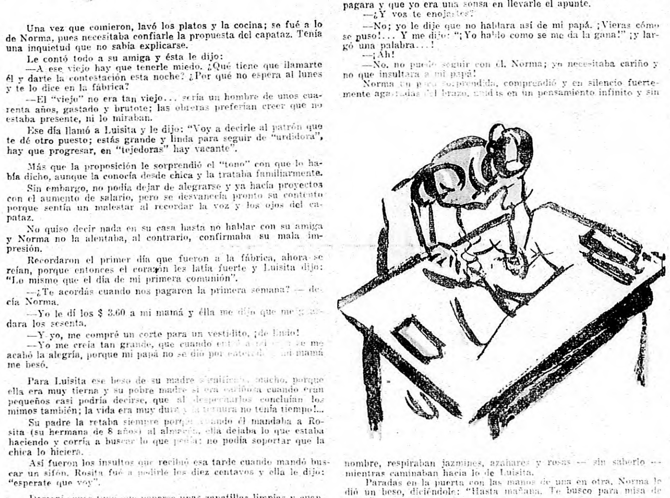
—¿Y vos te enojastes?

—No; yo le dije que no hablara así de mi papá. ¡Vieras cómo se puso!... Y me dijo: "¡Yo hablo como se me da la gana!" ¡y largó una palabra...!

—¡Ah!

—No, no puedo seguir con él, Norma; yo necesitaba cariño y no que insultara a mi papá!

Norma un poco sorprendida, comprendió y en silencio fuertemente agarradas del brazo, unidas en un pensamiento infinito y sin



nombre, respiraban jazmines, azahares y rosas — sin saberlo — mientras caminaban hacia lo de Luisita.

Paradas en la puerta con las manos de una en otra, Norma le dió un beso, diciéndole: "Hasta mañana. Te busco para misa de nueve".

Luisita miró alejarse a su amiga y después de cerrar la puerta de calle, en puntas de pie, entró a la pieza.

La familia dormía.

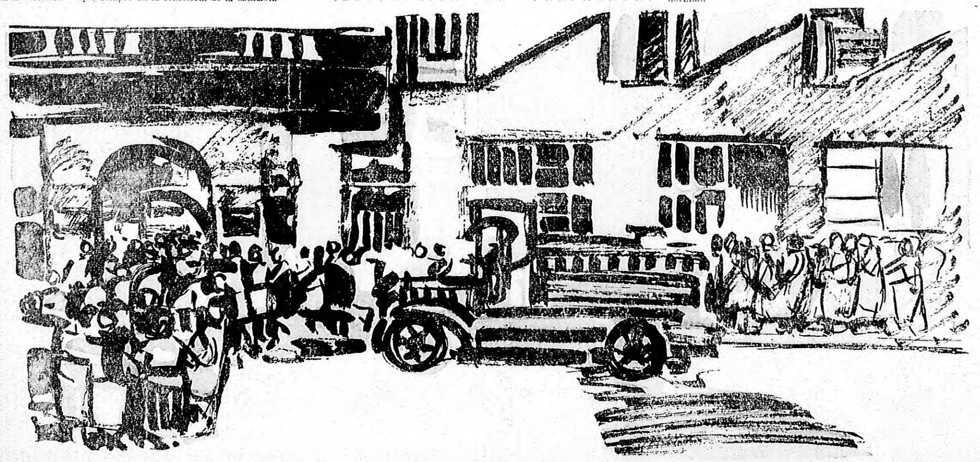
Tanteando llegó hasta su cama en donde dormía también Rosita. Prendió un cabo de vela que tenía sobre su mesita, puso en orden sus ropas, se acostó.

La chica ocupaba toda la cama, entonces, suavemente la corrió hacia una orilla, le levantó la cabeza con muchas precauciones para que descansara en la almohada; luego retiró de la cara los rulos que la cubrían y se quedó un rato mirándola... y de su corazón le salía por los ojos una fuerte intención para defenderla de todo, lo que nadie había hecho por ella.

Apagó la vela.

Despacito se fué deslizando hasta quedar tendida al lado de su hermana. Pronto su respiración entró en el ritmo de los que ya dormían

POR
GRACIELA BALIERO
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI



Viñoleanas

El suicidio es una comodidad para uso doméstico.

★

Cuando un hombre ignorado quiere casarse, todo el mundo le espulga el árbol genealógico. El esposo sólo tiene derecho a quedarse con la raíz o el tronco.

★

Todos los abolengos son almidonados, para que se ensucien menos.

★

Sufro horriblemente frente a un raquítico, porque no se adónde el Estado le colocará las condecoraciones, si llega a héroe de un momento a otro, cosa que ocurre a cualquier desnutrido.

★

Todo amigo es estimable, cuando vive en otro país.

★

Sólo por [illegible] sangre se advierte que los [illegible] son justas. El caso de la [illegible], que es buena, después de haber muerto por nosotros.

★

¿Qué explicación dá Caín al mundo, al asesinar a su hermano, sin tener siquiera un [illegible] pagaré firmado al finado Abel?

★

Tengo un amigo que tan arraigado tiene el [illegible] de la propiedad, que ha convertido su cerebro en un bien raíz, nos trasladándolo a ninguna parte.

★

Las únicas reputaciones que no se ensucian son las de los paralíticos, porque no pueden salir de noche con el carrito de ruedas.

★

Los pueblos y los hombres se fastidian por el exceso de popularidad que disfrutamos los escritores anónimos.

★

La única puerta legítima para pasar a la espectabilidad, es la de la murmuración pública.

★

Si a las palabras, como a los pelos del bigote, se les examinara con microscopio, se les encontrarían gérmenes de todas las edades.

★

Todos los seres son morales, lo único que puede ocurrir es que estén en discordancia con sus contemporáneos.

★

La perversidad es la única que eleva a los hombres, que llegan a instruirse, con el único fin de compenetrarse de ella.

★

El odio auténtico, sin adulteraciones, es el que se vierte contra los que son más inteligentes que nosotros. Los otros odios son falsificaciones de pimentón a base de polvo de ladrillo.

★

Lo lógico en una tragedia es que los deudos de la víctima se vistan de desesperación. Otro traje, sería demasiado llamativo en el velorio.

★

Un padre que ame a su hijo y quiera dejarle una carrera productiva, debe instalarle una empresa de pompas fúnebres. ¡Todos se tienen que morir! Además, le proporciona el regocijo de enterrar a un enemigo.

★

Sólo hay dos maneras de morir. En mano de un asesino inconsciente de guardapolvo blanco, o en las manos del otro a quien no le interesa el guardapolvo para ejercer su profesión.

★

Tan se ha venido a menos el oficio de vivir, que hasta en la cárcel, si nos portamos bien, nos rebajan la pena que hemos buscado lícitamente. Hasta en el presidio se encuentran corazones deformados por la ternura.

★

Yo tengo muchos partidarios que se avergüenzan de pensar conmigo.

★

Con precario o tropical entusiasmo, todos mentimos en eso de: ¡mucho gusto en saludarlo!

★

La prueba palmaria en las playas, de que ha pasado un hombre civilizado por la arena, son sus juanetes.

★

Todo hombre podría hacer cosas grandes, si no fuera tan egoísta, como suicidarse, por ejemplo.

★

Invocamos al Destino, para referirnos a otra cosa que nos permita olvidar el motivo auténtico.

★

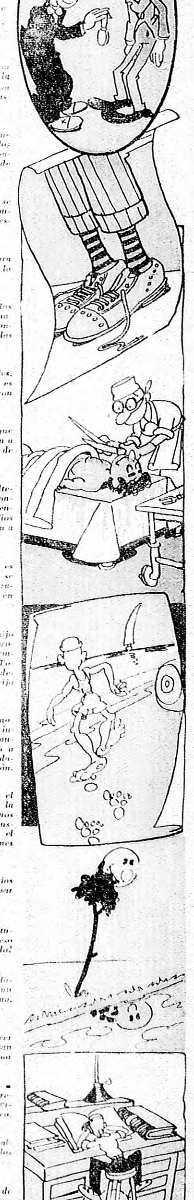
La luna tiene vocaciones malsanas, se revisa hasta en los pantanos.

★

Yo conozco un Gobernador de provincia grandioso, que tiene por la verdad institucional, una maravillosa indiferencia.

★

Soy un fervoroso admirador de los empleados de oficinas que dejan el hígado en sus hogares, para no envenenárselo en las horas de trabajo.



Por Omar Viñole
DIBUJOS DE RODRIGUEZ

Cuatro Dramas

Por Roberto A. Ortelli
Ilustración de Pedro Rojas

El Destino Armonioso

Se levantaba apenas unas seis cuartas del suelo. Tendría siete años de edad. Era pálido y delgado. Vestía siempre la misma ropa. Y su actitud era invariable. Se paseaba por el sol, despaciosamente, con la cabeza gacha y las manos tomadas atrás. El sombrerito de brin blanco dejaba caer sus alas y las medias descuidadas acentuaban la expresión de su tedio. Iba y venía por la vereda, sin atender a lo que ocurría a su alrededor. Solía detenerse frente a una casa en construcción y era esa la única oportunidad que yo conocía de verle con la cabeza levantada. Permanecía horas contemplando, sin un gesto, el trabajo de los hombres en los andamios. Su rostro no trasuntaba pensamiento alguno. La mirada, como fatigada, se subrayaba con las ojeras prematuras. Yo era un poco mayor que él, y su presencia, sin embargo, me inquietaba. Nunca pretendía ser su amigo. Algo de su expresión natural me decía que no era posible unirse a su espíritu. Lo contemplaba con curiosidad y tal vez con algo de admiración. Me atraía, seguramente, el misterio de su actitud impenetrable. Prescindía de nosotros con absoluta sencillez. No se acercaba nunca a nuestro grupo. Y si lo hacía, por excepción, era cuando nos aplicábamos a un juego metódico, dividido en movimientos de serie, en cuyo caso parecía complacerse en comprobar cómo las diversas acciones cumplían una finalidad prevista para formar un todo armonioso. Terminado el juego, la algarabía consiguiente lo encontraba ya lejos, en su invariable actitud reposada. Por enfermizo, según creo, nunca fué a la escuela. No se molestaba tampoco, al parecer, por adquirir conocimientos prácticos. Cierta vez, alguien se puso a la tarea de relatar una larga fábula, en cuyo desarrollo aparecían seres imaginarios. Yo ví acercarse al taciturno y aplicar su atención celosamente al relato. Por primera vez me fué dado ver animarse sus facciones. Todo su rostro había cobrado inusitada vivacidad. Las andanzas de los seres imaginarios del relato progresaban en intensidad absurda y el pequeño seguía con avidez creciente las transformaciones que se operaban. Pero cuando la narración comenzó a conformarse a las exigencias de una moraleja vulgar y mezquina, para lo cual necesitaba asirse a la realidad podando los excesos imaginativos, una profunda decepción volvió a dar a su rostro la tediosa expresión habitual. Con las manos tomadas a la espalda y con el sombrerito blanco aplastado sobre su cabeza, lo ví alejarse de nuevo, con su paso desmayado. Era como si lo hubieran defraudado en alguna íntima esperanza de redención. Así ocurrió un día y otro. Por las mañanas, paseándose al sol, y por las tardes, sentado en el umbral de cualquier puerta de la vecindad, parecía ausente del mundo. Yo me paré junto a la puerta de su casa, el día en que lo sacaron encerrado en un cajoncito blanco. No sentí ningún dolor. Me pareció, más bien, que así se cumplía un dulce y armonioso destino. Hasta sentí envidia. Nacer con un secreto, como él, con un secreto íntimo e indescifrable, y llevarlo así, rápidamente, al seno de Dios, antes de que la suciedad de la vida lo alcanzara, me parecía una gracia sólo concedida a los elegidos. Y cuando el cortejo fúnebre partió, breve y desganado, me sentí vacío y absurdo y ví ante mí el camino fatigoso que me tocaría recorrer, acaso por largos años, sin ese secreto que me singularizara y diera a mi vida un contenido propio e insobornable. ¡Tan estúpida me pareció mi existencia, que ni siquiera hallaba una razón para morirme!

★

El Alma Desteñida

El pedazo de cielo que se recorta sobre el patio de una casa de departamentos, es un hecho que, en la vida moderna, tiene insospechada trascendencia. Si no existiera, es posible que los hombres encerrados en esas casas mostraran el espíritu mustio como las plantas a las que se pretende mantenerlas absurdamente bajo techo. Y seguramente las mujeres perderían la vivacidad de sus ojos y la profundidad sugestiva de sus miradas. Perderían de tal modo el sentido de la distancia que sólo podrían pensar en las cosas inmediatas, incapaces de alejarse de sí mismos, y la imaginación perecería asfixiada. Pegarían sus narices a las cosas, usarían gruesos lentes y desarrollarían sus manos de modo fabuloso, porque a sus sentidos les faltaría el complemento ideal y básico de la facultad imaginativa. Sólo aquel pedazo de cielo que se recorta en la altura, surcado a veces por el volumen sensual de una nube blanca, humaniza sus gestos y les procura la medida gloriosa de la infinitud. La distancia y la ilusión, lo absoluto y lo inasible, acusan la medida exacta y miserable de lo que se ofrece a su alcance. Por ese pedazo de cielo azul asoma la presencia de Dios y va hacia ellas la gracia divina. El corazón oprimido y el espíritu encadenado, se redimen por ese pedazo de cielo azul. Ni el lenguaje del amor, ni la solemnidad de la muerte, ni el dolor substancial del nacimiento, ni el gesto aburrido del vivir, podrían alcanzar su profundidad gloriosa sin la presencia de ese cuadrado altísimo. ¡Ay de aquellos en cuya casa no haya cielo! Sus dolores no tendrán eco, será opaco el latido de sus corazones, no tendrán amparo en su fracaso y se irán de la vida con el alma desteñida y el pecho vacío.

★

Un Crimen Imaginario

La emoción que me produjo la lectura de aquella noticia de policía, vulgar y espeluznante, fué algo verdaderamente absurdo. El crimen de aquel desgraciado —yo no sé por qué extraño proceso mental— me pareció mío de una manera tan absoluta que ese acto de leer lo creí incierto y consecuencia de mi crimen. Pensé que, en realidad, yo había cometido, con mis propias manos, el asesinato atroz que relataba el diario y que en ese momento, en la subversión que produjera en mí la comisión de tan horrendo delito, soñaba estar leyendo las referencias minuciosas del mismo. ¡Buscaba con doloroso empeño mi nombre a lo largo de la crónica! Y detalles que yo no hubiese percibido en la ejecución alucinante. Sentía palpitar mi corazón con ritmo tumultuoso; la sangre acudía a mi rostro; las manos me temblaban y la mirada se oscurecía. Algo pugnaba en mí para devolver mis emociones a su curso normal. Pero la agitación íntima aumentaba y el diario vacilaba en mis manos mientras los ojos recorrían con avidez sus columnas, en una carrera incierta en la que iba formando mi propia acusación irreparable. Yo había estado sentado en aquel paseo, junto al lago, y había contemplado a la pareja entregada a sus ocultos juegos de amor. Y mi soledad me inspiró absurdas acciones. Obstinadamente, atendiendo los detalles más minuciosos, medité un drama brutal. Es más: lo ejecuté. Vi los rostros contraerse de espanto y los cuerpos rodar por tierra ensangrentados. Y mis ropas desgarradas en la lucha empeñosa. Luego de ello, una gran tranquilidad se había posesionado de mí. Al volver hacia el centro de la ciudad, sentí mi espíritu ágil y dispuesto. Por la noche estuve en un baile e hice gala del mejor humor. Y ahora venía ese diario a ponerme de nuevo en la realidad pavorosa de mi delito. Pero no. El recuerdo de los momentos vividos el día anterior, lüego de haber cometido mentalmente mi crimen, cumplió la tarea de devolverme a la realidad. Y entonces fué intensa la satisfacción que experimenté. No por la comprobación de mi absoluta inculpabilidad legal. No. Es que el crimen tramado por mí se había cometido, a pesar de mi pasividad y contra mi inercia, que lo habían dejado proyectándose en el tiempo y vibrando en mi ánimo cobarde. Había pasado, entonces, a la categoría pacífica de hecho consumado y mi espíritu estaba libre de su engendro pavoroso.

★

Dolor y Muerte

Cuando el médico jefe entró a la sala, aquella mañana, vistiendo su impecable delantal blanco, todos los enfermos estábamos bajo la impresión del grito doloroso, obsesionante del 19, un viejo a quien habían internado la noche anterior. El médico se acercó a mi cama:

—¿Ha gritado así toda la noche?

Un gesto de compasión tomó expresión en su rostro. Fué hacia la cama señalada con el No. 19.

—¿Duele mucho, viejo?

El 19 estaba sentado en la cama, todo encogido, con la cabeza entre las rodillas.

—¡Mucho, doctor!

—Bueno; no te quejés más. Ahora te voy a hacer dar una inyección y te pasará—. Lo palmeó en la espalda, suavemente, y salió de la sala.

Poco después vino el cabo enfermero y aplicó al 19, evidentemente por disposición del médico jefe, una inyección de morfina. Por el momento, cesaron los gritos y fué posible cambiar algunas palabras de cama a cama, comentando la excelente disposición del médico jefe. Pero en seguida se extinguió el efecto anestésico y el pobre viejo de la cama No. 19 volvió a sus lamentaciones y a sus gritos.

No había transcurrido media hora cuando volvió a aparecer el médico jefe. Dura y visible contrariedad sufrió su ánimo al tropezar de nuevo con los gritos del 19. Volvió a acudir a mí:

—¿Estuvo el cabo?

—Sí, doctor; y le aplicó una inyección.

—¿Y ha gritado de nuevo, enseguida?

El médico jefe se fué hacia la cama No. 19.

—¿De qué te quejás, viejo de porra? ¡Si no te callás inmediatamente te voy a hacer sacar de la sala! ¿Has oído? ¿O te creés que vas a tener a los enfermos pendientes de tus mañas?

El viejo de la cama No. 19 se limitó a mirar al médico jefe con la única mirada que podían dar sus ojos en ese momento. Demacrado y abatido, atravesado por ese dolor agudo, sus ojos estaban secos y vidriosos: habían llorado demasiado.

El médico jefe se alejó a paso rápido, agitando sus brazos en ademanes de descontento. En seguida penetraron a la sala dos enfermeros, trayendo una camilla. Los dos se aplicaron a la tarea de trasladar al viejo de la cama No, 19.

Después supimos que lo habían aislado en un cuartucho. Y dos días más tarde nos enteramos de su muerte.

Mientras dirigía la curación de mi herida, le pregunté al médico jefe:

—¿Así que murió el 19?

—No tenía remedio. Gangrena. ¡Pobre viejo!

Y pasó a revisar al enfermo de la cama cercana, con cierta molestia.

PELOPONESO y JAZMIN

por HAMLIN



























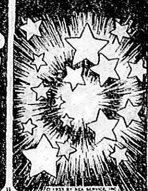




















Bibliografía

ROBERTO LEDESMA. — Trasfiguras. Tor, Buenos Aires.

ESTE volumen (de no muy gloriosa presentación, aunque muy superior a otros productos de la culpable editorial que sabemos) no admite un juicio general. El índice lo ordena en seis partes, sin contar un soneto en letra cursiva a Froken Greta Garbo y un balbuciente prólogo que pasa del aforismo sentimental a la discusión literaria, sin mejorar fortuna. El soneto no es menos heterogéneo, pues alterna los prosaísmos de la languidez, de la obligación de rimar o del resignado descuido (Eres la que se sale del enfoque y de todos los moldes te derramas, más grande que tus films, piedra de toque de directores y de cinedramas) con los del calembour deliberado, no indigno de Muñoz Seca o de Góngora:

> Fuerza lineal, en signo, con el garbo
> nuevo, garbo de estilo Greta Garbo.

Sombras, la más extensa de las partes del libro, consta de una docena de piezas. De ella destaco esta variación agradable sobre el antiguo tema del sueño como simulacro o metáfora de la muerte (aquí más bien como disciplina o pedagogía):

> La Noche es una hermana de la Muerte,
> que los pesados párpados me baja;
> sopla mi mente, demasiado fuerte,
> y me arroja una sombra, una mortaja.
>
> Al cuerpo educa en el estarse inerte
> que conviene al tamaño de la caja,
> y el alma, que no deja que despierte,
> en su ciencia de olvido se aventaja.
>
> Y una vez, como estaba decidido,
> hasta este lecho en que he dormido tanto,
> vendrá la otra, con el mismo olvido,
>
> y cegará también, pila de llanto,
> los ojos que hace mucho han aprendido
> a cerrarse sin lágrimas ni espanto.

El soneto es bueno, pero más memorables son estos versos de la página 26:

> Mañana saldré a la luz
> trasnochado hasta los huesos.

Atardeceres es la más prescindible de las seis divisiones, pero es de las más cortas. Este fin de poema es de una incomparable debilidad:

> Llenan la tarde suspiros
> de consumidas esposas.
> Viento en celo que pasaba
> y desfloró las corolas,
> lleva su amor forastero
> por otros rumbos ahora.
> Y se perfuman tus pasos
> en un otoño de rosas.

Vuelvo la página y doy con un soneto eficacísimo, cuya deliberada brusquedad y cuya sintaxis patética recuerdan uno de los modos —indiscutiblemente el mejor— de Manuel Machado:

> En la eterna guerra
> y el eterno cieno,
> de este mundo obsceno
> y esta pobre tierra,
>
> esta vida perra
> sólo tiene bueno
> de la muerte el seno
> ¡el seno que aterra!
>
> No quiero estar firme
> sobre lodo y lodo,
> mas no quiero irme.
>
> ¡Oh, si hubiera sido
> lo mejor de todo
> nunca haber venido!

Coplas de la espera, otra parte, es una reedición de las amenazas más incómodas y más burdas del amor andaluz, que promete matarse si lo desdeñan, que hace chantage con féretros y campanas, etcétera, etcétera.

Cielo de amor, en cambio es un buen ejercicio de aprendizaje de Enrique Banchs.

Llego a la penúltima página, la 91. Releo este soneto de originalidad esencial, vindicación espléndida y suficiente de todo el libro:

> Alguien, que, sin tomarse recompensas,
> va recogiendo todo lo que pierdo,
> en cada día, sombra fiel, a expensas
> de la esperanza, me agrandó el recuerdo.
>
> Encantador, después, me trocó en oro
> lo que yo abandoné por acabado,
> y al fin, guardián, me cuida este tesoro,
> este tesoro de lo que ha pasado.
>
> Riqueza que le tengo rescatada
> a la muerte y al tiempo y al olvido,
> fortuna hecha con lo ya perdido,
>
> más abundante cuanto más menguada,
> no me veré bastante enriquecido
> hasta saber que no me queda nada.

J. L. B.